



Facultad de Humanidades

Instituto de Sociología

Carrera de Sociología

Identidad y travestismo: tensiones de cuerpo y género

Angélica Luna Galli

Memoria de grado para optar al Grado de Licenciado en Sociología y Título Profesional de
Sociólogo

Profesor Guía:

Luis Henríquez Riutor

Enero, 2013

Agradecimientos

Al combo familiar, por su incondicional apoyo y motivación,

A todos aquellos que me discutieron sobre el tema como si fuera personal,

A los que me hicieron bullying por no titularme en tres años (gran motivación),

A mi profe, por no abandonarme incluso en el abandono,

A Chorizos y Cía. por no dejarme olvidar que aún era una tesista!

Y por supuesto a mis gatos, por ser los mejores guateros en esas largas noches de vigilia...

Índice

CAPÍTULO 1: FORMULACIÓN DEL PROBLEMA	5
1.1. Fundamentación y desarrollo del problema	5
1.1.1. Surgimiento del travestismo	5
1.1.2. Contexto en que surge el problema.....	6
1.1.3.- Problema de investigación.....	7
1.2. Objetivos de investigación	9
1.2.1. Objetivo general:.....	9
1.2.2. Objetivos específicos.....	9
1.3. Relevancias	9
1.3.1. Relevancia práctica:.....	9
1.3.2. Relevancia teórica:	10
1.3.3. Relevancia metodológica:	10
CAPÍTULO 2: MARCO TEÓRICO	11
2.1. Perspectiva teórica del estudio	11
2.1.1. Feminismo y Posfeminismo	11
2.1.2. Sobre la Teoría Queer	13
2.2. Discusión bibliográfica	13
2.2.1. Identidad	14
2.2.2. Cuerpo	23
2.2.3. Género	32
2.2.4. Tres formas de comprender el travestismo.....	41
CAPÍTULO 3: MARCO METODOLÓGICO	46
3.1. Tipo de Estudio:	46
3.2. Tipo de Diseño:	46
3.3. Técnicas de Producción de Datos:	47
3.4. Universo y Muestra:	48
3.5. Técnicas de Análisis de Datos	50
3.6. Validez del Diseño	51
3.7. Condiciones Éticas	51
CAPÍTULO 4: IDENTIDAD TRAVESTI	53
4.1. Ser Travesti	54
4.2. Desde los orígenes	55
4.3. De hombre a travesti: deconstrucción y reconstrucción de la identidad	57
4.4. Cuerpos anormales, multitudes <i>queer</i>.	62
CAPÍTULO 5: EL CUERPO TRAVESTI	65
5.1. Ni sexo ni género: en búsqueda de un estilo corporal	66
5.3. La construcción de un cuerpo híbrido	70
CAPÍTULO 6: IDENTIDAD DE GÉNERO	74
6.1. Género: el sexo como cultura	75
6.2. Limitaciones del género: ampliar sus límites o quemar el concepto	77

6.3. El travesti en el espacio público	81
REFLEXIONES FINALES.....	86
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	91

CAPÍTULO 1: FORMULACIÓN DEL PROBLEMA

1.1. Fundamentación y desarrollo del problema

La investigación que postulo a continuación se propone estudiar el travestismo en relación a la articulación entre identidad, cuerpo y género. A modo de introducción realizaré una breve reseña histórica sobre el surgimiento del travestismo, para luego enmarcarlo en el debate de la correspondencia sexo-género, donde la ruptura con la misma por parte del travestismo se convierte en el problema que guiará este estudio.

1.1.1. Surgimiento del travestismo

Las primeras apariciones de travestis en la historia se remontan a la mitología griega, donde Andrógine era un ser que combinaba la fuerza de un hombre, con atributos corporales y estéticos femeninos. En las culturas clásicas, la mujer ocupaba un lugar relegado en la sociedad, cumpliendo un rol meramente reproductivo. Es por esto, que a través del travestismo se pudo visibilizar el rol femenino, en manos de varones, principalmente en el teatro. Luego de la caída del imperio romano, la iglesia católica intentó erradicar toda tradición de la cultura pagana, incluyendo el travestismo (Ramado, 2007, ¶ 11), el cual se comenzó a considerar una práctica satánica. Es así, como esta práctica sólo continuó desarrollándose a escondidas, en la privacidad y soledad. En la época renacentista, el travestismo era considerado como una enfermedad, un mal que debía tratarse, incluso muchos de los castigos para infantes del periodo consistían en humillarlos vistiéndolos de mujer.

No fue hasta 1910, año en que Hirschfeld publicó su obra “los travestidos: una investigación del deseo erótico por disfrazarse”, que se comenzó a estudiar en profundidad esta práctica (Fernández, 2004, p.29). En los años 60, los diferentes movimientos sociales permitieron la visibilización de grupos con distintas preferencias sexuales que escaparan a la norma heterosexual, tales como homosexuales, lesbianas, bisexuales y transgénero, situándose los travestis dentro de este último grupo.

1.1.2. Contexto en que surge el problema

El concepto de género es tomado de la psiquiatría e introducido a las ciencias sociales por Ann Oakley y fue utilizado “para definir las identidades, los roles, los valores, las representaciones o los atributos simbólicos, femeninos y masculinos, como los productos de una socialización de los individuos y no como los efectos de una naturaleza” (Dorlin, 2008, p.35), denunciando el determinismo biológico en base al que se establecía las desiguales relaciones entre hombres y mujeres.

“El potencial de la idea de género no es sólo que desnaturaliza la diferencia entre varones y mujeres, sino que pone nuestra atención en la misma existencia de la división de la humanidad en dos categorías genéricas” (Fernández, 2007, p.9). Esto significa que si bien el género se usó como herramienta reivindicativa, pronto se evidencia como concepto cerrado que se vuelve contra la misma lógica excluyente que intenta rebatir. El binarismo femenino-masculino se asocia con un sexo respectivo, por lo que cualquier otra combinación (sexo macho y género femenino por ejemplo) será rechazada.

El travestismo rompe con esta dicotomía y constituye una práctica, en que el sexo biológico no corresponde con el género adoptado y es una demostración de que el concepto de género, restringido solo a dos opciones se torna insuficiente ante las nuevas subjetividades

que se comienzan a visibilizar (Cabral, 2007).

1.1.3.- Problema de investigación

El travestismo, consiste en la adopción de la identidad de género normativamente correspondiente al sexo opuesto, la que se expresa principalmente a través de la vestimenta, sin buscar cambiar el sexo anatómico original. Esta práctica rompe con la norma heterosexual y la correspondencia binaria de sexo-género, por lo que la mayoría de los travestis son discriminados en la sociedad.

Si bien hoy en día se puede hablar de mayor tolerancia hacia las diversas orientaciones sexuales, la lucha contra la discriminación sigue marcando la agenda de los movimientos de minorías sexuales, principalmente en Latinoamérica. Las leyes chilenas no los reconocen como sujetos de derechos (al momento de votar deben hacerlo según su sexo y vestidos acorde al mismo) y el hecho de aparecer públicamente constituye una falta al artículo 373 del código penal, como una ofensa a la moral y las buenas costumbres, por lo que los movimientos de reivindicaciones de minorías sexuales se han convertido en la estrategia de inserción en otros ámbitos de la esfera pública distintos de la prostitución (espacio simbólicamente asignado y permitido) y donde han vaciado sus luchas y demandas (Fernández, 2000).

El travestismo será abordado en este estudio en su dimensión femenina, es decir, varones que se travistan. Si bien en las mujeres también se puede dar la adopción de una identidad de género distinta a la de su sexo y de su correspondiente vestimenta, esta acción no tiene la misma connotación social. A modo de ejemplo, hace 100 años el pantalón era una prenda únicamente masculina, en cambio, en la actualidad tiene una aceptación generalizada. Josefina Fernández explica reinterprelando a Woodhouse, por qué el travestismo se estudia

mayoritariamente en varones:

“Si los modos patriarcales establecen que una mujer, aún cuando adscriba a rasgos tradicionalmente masculinos, no deja por ello de ser mujer, el varón cuya conducta no coincida con los parámetros clásicos de masculinidad será, en cambio, forzosamente afeminado y homosexual” (Fernández, 2004 p.53).

Los estudios de género se ven enfrentados al desafío que plantea el travestismo, pues da cuenta de la insuficiencia del concepto de género frente a la multitud de posibilidades que traspasan la noción de género como construcción cultural que se bifurca en masculino y femenino. Esta investigación pretende aportar a dichos estudios con el fin conocer el significado que el travesti le otorga al cuerpo, sexo y género en la construcción de su identidad.

El interés por esta problemática surge de la paradoja que representa el travestismo respecto a la normatividad heterosexual. A diferencia de los transexuales, que por medio de cirugías “corrigen” la divergencia entre sexo y género, el travesti mantiene su sexo original y adopta un género diferente. Esta transgresión tiene como efecto que los travestis se constituyan como sujetos fuera de los parámetros de normalidad, precarizando sus vidas y relegándolos a la marginalidad.

En esta investigación me propongo reconstruir la identidad travesti, a través de la articulación del cuerpo y el género. Se busca comprender los significados que los travestis otorgan a la *identidad de género* y al *cuerpo*, como lugar donde esta se plasma, y que se encuentran incorporados a sus discursos y prácticas cotidianas, a través de los cuales ellos se identifican como travestidos. Ambos elementos son fundamentales en el travestismo, pues representan la transgresión a la correspondencia sexo-género tanto subjetiva como estética.

En consecuencia, la pregunta de investigación que guía este estudio es:

¿De qué manera se articulan el cuerpo y el género en la configuración de la identidad travesti?

1.2. Objetivos de investigación

1.2.1. Objetivo general:

-Reconstruir (analíticamente) cómo se articula el género y el cuerpo en la conformación de la identidad travesti.

1.2.2. Objetivos específicos

- Conocer cómo se significa el cuerpo en el caso de los travestis.
- Conocer cuáles son las percepciones que tienen los travestis sobre el género.
- Caracterizar la Identidad travesti

1.3. Relevancias

1.3.1. Relevancia práctica:

Esta investigación contribuirá a la lucha contra la discriminación de las minorías sexuales, principalmente travestis, pues producirá un acercamiento a sus prácticas y discursos.

A la vez, este estudio permitirá conocer la realidad de los travestis en un contexto diferente al estadounidense/europeo, donde se suelen realizar este tipo de estudios.

1.3.2. Relevancia teórica:

Esta investigación se propone debatir y generar conocimientos en torno a travestis, aportando a los estudios de género locales. Principalmente aportará a los nuevos estudios respecto al agotamiento del género como concepto analítico.

Además, este estudio aborda el tema del travestismo de manera diferente a los estudios de sanidad y políticas públicas que generalmente se llevan a cabo, contribuyendo a ampliar las perspectivas desde las que se estudia el travestismo, principalmente sobre los discursos ontológicos que pueden generar los travestis.

1.3.3. Relevancia metodológica:

Este trabajo posibilita la aplicación de técnicas de investigación cualitativas, para estudiar la producción de discurso en personas socialmente invisibilizadas, lo que permitirá ajustar los instrumentos de investigación para acceder a sujetos de estudio tradicionalmente marginados.

CAPÍTULO 2: MARCO TEÓRICO

2.1. Perspectiva teórica del estudio

Este estudio se enmarca dentro de los estudios de género, principalmente en las corrientes posfeministas y los incipientes estudios de la teoría *queer*. Una de las autoras centrales de este análisis es Judith Butler, quien es reconocida dentro de ambas corrientes. A continuación realizaré una breve reseña de ambos enfoques y de la autora mencionada, con el fin de contextualizar el marco teórico presentado a continuación.

2.1.1. *Feminismo y Posfeminismo*

Durante la década del 60, se reabre el debate sobre la posición social de las mujeres. Este feminismo, denominado como segunda ola, cuestionaba la universalidad del sujeto moderno (hasta entonces concebido como varón), por lo que surgen dos corrientes: el feminismo de la igualdad y el de la diferencia (respecto al sexo opuesto). Sin embargo, ambos tipos se basan en la oposición naturaleza-cultura y ambos enarbolan un sujeto universal de mujer, tan excluyente como el sujeto dominante masculino que intentaban derribar (Casado, 1999).

En los años 80 comienzan a articularse las primeras fisuras dentro del feminismo, en torno a la construcción unitaria del sujeto mujer. En esta primera instancia, “muchos de los esfuerzos estuvieron orientados a señalar los graves pecados del feminismo blanco, burgués y heterosexual” (Fernández, 2007, p.1). Estas críticas surgen principalmente de las voces de mujeres negras y lesbianas, quienes no se veían reflejadas dentro de la categoría.

Las diferentes realidades de las mujeres comienzan a hacerse visibles, así como los diferentes tipos de discriminación a los que estaban sujetas, no solo de género, sino también sexuales y raciales. Estos conflictos comienzan a denotar que el feminismo tenía una práctica homofóbica y racista, disfrazada de igualdad. Estas nuevas formas de desigualdad a nivel sexual y racial implicaron una apertura al debate sobre cuál era el sujeto defendido por el feminismo, dando pie a un cuestionamiento de las bases del movimiento.

Este debate confluyó en que una nueva generación de teóricas retomaran los estudios de Foucault, Derrida y Deleuze sobre el poder y criticaran “la naturalización de la noción de feminidad que inicialmente había sido la fuente de cohesión del sujeto del feminismo” (Preciado, 2003). Pronto la heterosexualidad es analizada como un sistema de dominación y regulación que se ejerce tanto sobre la identidad de género, la sexualidad como sobre el cuerpo.

Judith Butler, es una de las representantes de esta etapa del posfeminismo, muchas veces catalogado como *Cuarta Ola* (Aguilar, 2008). La autora realiza un análisis del género como construcción discursiva naturalizada que sirve a la regulación de los sujetos en función de la heterosexualidad normativa. “Butler presenta el género como un efecto performativo experimentado por el individuo como una identidad natural” (Spargo, 2000 p.68). Este análisis da pie a una serie de reflexiones en torno al género, el cuerpo y la sexualidad, siendo todas construcciones discursivas normalizadas en base a distinciones dicotómicas tales como masculino-femenino, macho-hembra y heterosexual-homosexual.

2.1.2. Sobre la Teoría Queer

Dentro de esta línea de los estudios de género, surge la *Teoría Queer*, que de hecho considera su obra fundante el texto *El Género en Disputa* de Butler (Dorlin, 2008), sin embargo, es Teresa de Lauretis quien acuña el término en su texto “Théorie Queer: sexualités lesbiennes et gaies. Une introduction”, en 1991. La expresión *queer* (al español se traduce raro) es un adjetivo de connotación peyorativa con que se denominaba a los homosexuales; sin embargo, es adoptado para reafirmar aquellas identidades consideradas anormales dentro de la matriz heterosexual y como crítica a las políticas de integración llevadas a cabo por los movimientos homosexuales.

Esta teoría ha profundizado en los estudios de género teniendo como “propósito de exponer y explorar los modelos naturalizados y normativos del género y la heterosexualidad” (Spargo, 2000, p.67). Las multitudes de “anormales” se reapropian de los discursos de poder sobre el sexo por medio de transformaciones corporales y la pornografía entre otras prácticas (Preciado, 2003).

2.2. Discusión bibliográfica

Este estudio gira en torno a las articulaciones entre identidad, cuerpo y género en travestis, por lo que la discusión que presento a continuación responde a un desglose de los componentes del análisis de esta investigación. Identidad, género y cuerpo están intrínsecamente relacionados, sobre todo al realizar un análisis en personas travesti, sin embargo, para facilitar la comprensión, se presentarán por separado. La división de los temas

es arbitraria y responde a una estrategia para poder profundizar en cada uno de los tres elementos.

Respecto a la identidad, analizaremos como los cambios en el contexto sociocultural han afectado la noción de identidad, como un elemento sólido de la subjetividad humana. Llegaremos a una concepción de identidad múltiple, en permanente desarrollo y mutación, en la que el cuerpo y el género funcionan como nuevos elementos de anclaje.

En cuanto al cuerpo, presentaré como se ha trabajado el concepto dentro de las ciencias sociales, para llegar a la noción de sujeto encarnado, donde el cuerpo es intermediario entre lo simbólico y lo material, construido en la interacción con los otros, y sujeto a las normas sociales. Ya desde la conceptualización del sujeto encarnado, apuntamos a superar la dicotomía naturaleza/cultura, con la que tradicionalmente se ha trabajado en teoría social.

En relación a la teoría de género, difícilmente separable del movimiento feminista, revisaremos como el concepto fue incorporado en la sociología, para luego revisar su crisis, la que abrirá nuevas líneas de debate dirigido por las feministas posmodernas, dentro de las cuales encontraremos el género performativo, donde la relación género y cuerpo ya no estará escindida.

2.2.1. Identidad

Desde una concepción posmoderna de la contemporaneidad, presenciamos la proliferación de identidades, culturas y comunidades, que, como plantea Irene Martínez (2006), responden a la crisis en que se encuentran los pilares de los procesos identificatorios tradicionales. La identidad, cobra gran relevancia dentro de los discursos contemporáneos,

“la intensa atención prestada hoy en día a la cuestión de la identidad es en sí misma un hecho cultural de gran importancia” (Bauman, 2002, p.51).

A continuación realizaré una revisión del concepto, a través del llamado quiebre de la identidad tradicional, para luego revisar las nuevas identidades emergentes, tratando de esbozar una definición de la identidad contemporánea. Esto nos llevará a reconocer las nuevas identidades grupales, dentro de las cuales enmarcaremos las *Identidades Queer*. De esta manera, podremos apreciar la relevancia del concepto y su pertinencia dentro del contexto transgénero, específicamente para analizar el caso de travestis.

La identidad en Crisis

La problemática de la identidad en tiempos modernos, presentaba características muy diferentes a las actuales. Si bien las transformaciones sociales, económicas y territoriales tenían bastante impacto en la conformación de una identidad estable en los sujetos, todavía se podían encontrar pilares sólidos para afianzarla. Martínez (2006) distingue 4 ejes principales en torno a los cuales los individuos construían y reforzaban su identidad: el trabajo, la familia, el Estado- Nación y la religión.

El trabajo, en la época del capitalismo incipiente, llamaba a buscar la realización personal mediante actividades socialmente instituidas, otorgando a la voluntad y al carácter los ejes centrales de la identidad (Martínez, 2006). Se podría decir que la identidad se basaba en gran parte en el logro y las virtudes personales, siempre que éstos fueran productivos. La familia, por otro lado, era la principal identificación de la persona: el apellido, la reputación y el status eran marcas que difícilmente se podían rehuir, al menos en la clase burguesa. La familia representaba el refugio de los sujetos y a la vez el primer círculo donde el padre podía estar orgulloso de ser un buen proveedor y la madre de ser una excelente ama de casa

(Martínez, 2006). En esta concepción de familia perfectamente funcional y fuente de vanagloria frente a la sociedad, la apariencia juega un rol muy importante, pues aunque se le tilde de ser una institución hipócrita, no podemos olvidar que para la conformación de la identidad, lo que se quiere representar públicamente, es tan válido como lo que ocurre a puertas cerradas.

El Estado-Nación y la religión, son considerados por Martínez (2006) las fuentes colectivas de identidad en la época. Especialmente el factor del Estado resulta muy interesante, pues previamente existían solamente comunidades locales, con relaciones cara a cara y donde las lealtades personales adquirirían gran relevancia. El Estado-nación debió “reedificar en un nivel de organización supralocal, una conciencia de pertenencia nacional, que sustituyese las viejas identidades locales” (Martínez, 2006, p.818). Resulta apropiada la interpretación de Bauman (2002), quien plantea que los individuos fueron desincrustados del escenario local, para luego ser reincrustados en estructuras sólidas, acompañando este proceso de una ideología nacionalista, encargada de presentar este proceso como una realidad preexistente al mismo Estado.

Martínez (2006) nos presenta la genealogía de cómo la identidad se consolidó como un componente estable y predecible en la modernidad, en base a 4 elementos, o como ella los define, 4 pilares. Sin embargo, en la contemporaneidad, las transformaciones ocurridas en estas 4 esferas indispensables para la conformación de la identidad tradicional obligan a los sujetos a buscar nuevas formas de identificación.

En una sociedad donde los valores del trabajo, la familia y la religión pierden fuerza, se hace cada vez más difícil construir identidades constantes y sólidas. Los permanentes cambios culturales, económicos, políticos y sociales fragilizan la sensación de pertenencia del individuo. Esta ahora es una tarea individual y ya no es algo dado. Por consiguiente, la identidad ya no se concibe como yo único y diferente al resto, esta se vuelve individualizada, reflexiva y fragmentada (Martínez, 2006).

Nuevas Identidades Múltiples

Nos encontramos inmersos en lo que Braidotti llama “la paradoja posmoderna: una globalización de la economía que en verdad produce la fragmentación y el resurgimiento de reivindicaciones regionales, locales, y a menudo étnicas” (Braidotti, 2004, p.58). No solamente interactuamos con nuestros cercanos, sino que nos relacionamos con culturas de todo el mundo, diferentes realidades que hacen replantear nuestros valores. Las culturas e identidades marginales encuentran espacio y posibilidades de expresión, por lo que es difícil que el sujeto tradicional occidental no se vea permeado por estas nuevas realidades, marcando nuevos parámetros para su propia identidad. Las identidades se vuelven híbridas y cambiantes, en permanente redefinición, evidenciando la insuficiencia de los conceptos identitarios tradicionales, para nombrar las nuevas realidades.

Esta desidentificación tradicional no significa el fin de la experiencia de pertenencia del sujeto, sino que le entrega la obligatoria libertad de escoger una identidad. De esta manera, “la identidad representa un acto creativo y no una realidad objetiva que se ha de aprehender” (Medina & Rodrigo, 2006, p.127). Podemos complementar esta idea con lo propuesto por Juan Carlos Revilla (2003), quien postula que la identidad es una construcción, y por lo tanto ya no se considere como una esencia de cada persona, no implica que “los individuos no se reconozcan en determinados relatos identitarios, en unos significantes y significados concretos” (Revilla, 2003, p.4). En la construcción de la identidad incide el aumento de modelos culturales disponibles, lo cual otorga mayores posibilidades para “crearla”, generando identidades más ricas y complejas (Medina & Rodrigo, 2006).

Revilla presenta el problema identitario en dos facetas: por un lado, la dificultad de conseguir una coherencia y unidad dentro del mismo sujeto y, por otro, la complejidad de mantener la continuidad en el tiempo. Debemos adaptarnos a los diferentes contextos de nuestra interacción cotidiana y nada asegura que en cinco o diez años seamos la misma persona. Pueden cambiar los valores, la familia, incluso la nacionalidad y gracias a las

nuevas tecnologías, nuestro cuerpo.

Sin embargo, Revilla presenta 4 elementos que “sujetan a los individuos inevitablemente a su identidad y a sus autorrelatos” (2003, p.6). A diferencia de los pilares de la identidad tradicional enunciados por Martínez (2006), estos elementos permiten la construcción de una identidad atravesada por diferentes factores culturales, tecnológicos que serán de mucha pertinencia para el estudio del travestismo. Además, permiten apreciar como el sujeto debe buscar la coherencia consigo mismo, pero confrontándose permanentemente con los otros, para así consolidar (aunque sea por un momento) su identidad.

- El primer elemento de anclaje es el cuerpo, pues representa la localización espacio-temporal de la experiencia. Por otro lado, cumple una función muy importante en la manera en que nos presentamos a los otros. Otro aspecto importante que recalca Revilla sobre el cuerpo, es que “expresa esa paradoja de que somos siempre los mismos y a la vez algo diferentes” (Revilla, 2003, p.6). Este punto será de suma relevancia al analizar la identidad travesti, ya que la transformación del cuerpo es uno de los principales dispositivos identitarios de los transgénero.
- Otro elemento de anclaje es el nombre propio, el que para Revilla (2003) representa una marca para saberse uno mismo. El nombre además conlleva una carga familiar, donde podemos encontrar nuestras raíces y marcas de linaje difícilmente renunciables. Nos ancla al cuerpo, y contribuye a la permanencia de la identidad. Como veremos en el caso travesti, el nombre también representará un punto de quiebre respecto a las identidades tradicionales.
- La autoconciencia y la memoria representan el elemento que nos hace construir un yo a través de nuestra historia personal. La principal gestión de “la identidad personal consiste en convertir todo ese material proveniente de la experiencia en narraciones sobre uno mismo, lo que implica selección y recuerdo selectivo” (Revilla, 2003, p.8). Lo que queremos recordar o lo que inventamos como parte de nuestra experiencia,

resulta más relevante que los hechos concretos vividos. La construcción biográfica del sujeto, es la que otorga la coherencia a la identidad personal.

- Las demandas de interacción con los otros exigen que seamos confiables y previsibles en cuanto a nuestra identidad. El relato que presentamos a los demás hoy debe ser coherente con el que presentemos mañana, para permitir la generación de vínculos. La interacción con otros necesita de una identidad sostenida, “la identidad debe entenderse como una garantía de la continuidad de la persona, garantía de que cualquiera que se acerque a nosotros sabe a qué atenerse” (Revilla, 2003, p.9).

Entonces ¿qué entendemos por identidad, hoy?

Hemos hecho un breve recorrido por las transformaciones sociales, culturales y económicas que han modificado la forma en que construimos nuestra identidad. Se han planteado nuevas características y atributos de las *identidades posmodernas* y hemos revisado nuevos elementos de anclaje. A continuación, y basándome en el análisis de Gilberto Giménez (1992, 2004), trataré de recopilar los lineamientos centrales del concepto de identidad.

Para Giménez, la identidad se le atribuye solamente a unidades distinguibles. En el caso de las personas, la distinción la realizan los demás, por lo que la identidad requiere de contextos de interacción y de comunicación (Giménez, 1992), es decir, se necesita tener un complejo socio-cultural en común, así como compartir significados y significantes. De esta manera, la identidad se constituye como un diálogo entre el sujeto y sus otros de referencia. Esta confrontación con otras identidades en el proceso de interacción social, es la que permite que la identidad se reafirme y consolide como tal.

Los autores Alsina y Medina, complementan la noción de identidad en cuanto a interacción social:

“Es decir, la identidad como respuesta a uno mismo y a su situación en el mundo que le rodea no debe quedar reducida a la esfera de la propia intimidad. Acaba siendo algo que se ofrece al otro y que es negociado y renegociado en la relación con ese otro” (Medina & Rodrigo, 2006, p.128).

En esta cita podemos apreciar la identidad como una narrativa personal, pero que debe ser puesta a prueba continuamente ante otros. Es decir, el proceso de construcción, adaptación y reafirmación no es cerrado. La interacción con los otros permanentemente nos pondrá a prueba ese corpus que hemos elaborado para definirse a uno mismo. Es por esto que se habla de la identidad posmoderna como continua en el cambio, ya que hace referencia a un proceso evolutivo del sujeto y ya no es una constante esencialista previamente dada.

De las Identidades Colectivas a las Multitudes *Queer*.

Las reivindicaciones culturales y sociales que proliferan en la posmodernidad, mencionadas anteriormente de acuerdo con Braidotti (2004), conllevan al surgimiento de identidades múltiples que buscan reivindicar nuevas demandas. Es así, como dentro de todo el espectro de incertidumbre e inestabilidad identitaria, aparecen las identidades colectivas (Giménez, 1992).

Siguiendo a Giménez (2004), podemos hablar de identidades colectivas, siempre y cuando estemos frente a la existencia de actores colectivos. Los grupos y colectividades (organizados o no) no pueden interpretarse simplemente como un agregado de individuos, pero tampoco debemos considerarlos entidades personificadas impostadas por sobre los sujetos .

En las identidades colectivas podemos encontrar los mismos rasgos que en las identidades personales, tales como la capacidad de distinguirse y ser distinguido, generar símbolos y representaciones en común y de reconfigurar el pasado, o la biografía del grupo como una memoria colectiva que involucra e incluye a todos sus miembros. La identidad personal no se somete a la colectiva, sino que están en permanente diálogo, reformulándose una con la otra, permanentemente.

Es así como vemos surgir múltiples identidades a las cuales el individuo puede adherir, la formación de nuevos grupos espontáneos en torno a experiencias en común, indiferente de sus realidades particulares, ubicación geográfica o diferencias culturales. Se abren así nuevas instancias cambiantes sobre las cuales construir la identidad del sujeto, siendo la sexualidad, la que nos interesa en esta investigación

Resulta interesante el análisis propuesto por Martínez (2006), en que frente al surgimiento de nuevas identidades colectivas, aparecen diferentes estructuras y articulaciones para reforzarlas y tratar de consolidarlas como identidades cerradas. Ella ejemplifica su estudio con el caso de los jóvenes rebeldes en los años 50, ante el cual se levantó todo un mercado de artículos y *merchandising* para reafirmar la identidad de estos nuevos rebeldes. Este mismo caso lo podremos extrapolar al movimiento homosexual, el que en Chile ha estado influenciado fuertemente por los movimientos europeos y norteamericanos, articulándose como si fueran uno solo, compartiendo premisas y proyectos políticos pese a sus diferentes contextos. El reforzamiento de la Identidad Gay ha sido la principal característica del último tiempo, práctica a la que la Identidad Transgénero no ha estado exenta.

Dentro de las identidades colectivas, nos centraremos en la identidad travesti, para lo cual resulta esencial revisar la política *Queer* propuesta por Beatriz Preciado (2003). No analizaremos su teoría como un movimiento político, sino más bien como un postulado identitario.

El movimiento *queer* aparece inicialmente asociado a las minorías sexuales, sin embargo, Preciado (2003) lo define como una *multitud* de cuerpo “anormales” respecto de la norma heterosexual. “La “multitud sexual” aparece como el sujeto posible de la política *queer* (Preciado, 2003). La sexualidad es vista como un régimen heterosexual que administra cuerpos, por lo que el movimiento *queer* considera las identidades anormales no solamente como efectos discursivos sobre el sexo, sino como potencias políticas para oponerse al “imperio sexual” (Preciado, 2003). Retomando un concepto de Deleuze y Guattari, la autora propone una *desterritorialización* del cuerpo, es decir, oponerse al proceso de normalización de los cuerpos. Para esto, postula cuatro estrategias:

-Des-identificación de las categorías cerradas que los movimientos de minorías sexuales han ido construyendo tales como gay y lesbiana. Preciado ejemplifica la des-identificación con la afirmación hecha por Wittig :” las lesbianas no son mujeres” (1978, p.10).

-Identificaciones estratégicas, reapropiándose de calificativos negativos para construir identidades en torno a ellos, tales como maricas y el mismo término *queer*.

-Reconversión de las tecnologías del cuerpo, reapropiándose de la medicina y la pornografía que han ayudado a construir el cuerpo normal heterosexual. La multitud *queer* no busca la formación de un tercer género, si no alzarse “contra los regímenes que les construyen como *normales* o *anormales*” (Preciado, 2003, p.29).

-Desontologización del sujeto de la política sexual: En los años 90 se comienza a redefinir el sujeto político feminista, volviendo a criticar la naturalización de la feminidad como base del movimiento feminista, que favorecía un sujeto político mujer y heterocentrado (Preciado, 2003). Por otro lado, los movimientos de liberación homosexual, cuyo principal objetivo es la igualdad de derechos respecto de los heterosexuales, contribuyen a la normalización de la sexualidad y de los cuerpos, pues sólo buscan integrarse a la cultura

heterosexual dominante (Preciado, 2003). La multitud *queer* emerge como una crítica a la normalización de las identidades tanto sexuales como políticas.

Claramente, la identidad *queer* aquí presentada, se focaliza en orientaciones sexuales que rompan con la matriz heterosexual, pero tiene un fuerte componente corporal. La autora lo define como una multitud de cuerpos anormales, por lo que el uso de las tecnologías para modificar los cuerpos serán características de la multitud *queer*. Siguiendo la misma línea, las 4 estrategias propuestas por Preciado basan su acción en reformular procesos y etiquetas identitarias, aludiendo a que las identidades sexuales tradicionales han sido excluidas de lo público. Mediante estas estrategias, la política *queer* pretende cuestionar no solamente la representatividad de los movimientos feministas y homosexuales, sino también la producción de la “normalidad” por parte del saber científico. Las multitudes *queer* vienen a representar la multitud de diferencias que no han podido ser representadas, e incluso han sido consideradas monstruosas (por qué no hablar del travestismo) en relación a lo que se espera de un sujeto “normal”.

2.2.2. Cuerpo

Para interiorizarnos en las concepciones de cuerpo que utilizaremos en este trabajo, es necesario realizar un breve recorrido de cómo el concepto de cuerpo fue tomando centralidad en las ciencias sociales, especialmente en de la Sociología, para luego revisar los diferentes desarrollos en torno al concepto.

Las reflexiones sobre el cuerpo humano han sido centrales dentro de la Antropología desde el siglo XIX, principalmente debido a tres tendencias identificadas por Bryan S. Turner (1994):

La primera, es el desarrollo de la antropología filosófica, en torno a la relación cuerpo- Ontología del ser humano. Dentro de esta corriente, la corporalidad humana supone ciertas soluciones y limitaciones a las reflexiones ontológicas, debido a que levanta la interrogante sobre que tan necesarias son las construcciones sociales y culturales para asegurar la supervivencia del ser humano como especie (Turner, 1994).

La segunda corriente corresponde al interés por la relación naturaleza-cultura. Investigaciones de diversos autores sobre diferentes tabúes (el más conocido, el del incesto) evidenciaron el “hecho de que el comportamiento humano social descansa más en la regulación cultural de las acciones que se institucionalizan, que en el control del instinto” (Turner, 1994, p.12).

El Darwinismo social, es considerado por Turner (2004) la tercera línea de desarrollo de la Antropología en torno al cuerpo. De esta corriente biologicista, la Antropología adoptó tres nociones principales: primero, que los seres humanos forman parte de la naturaleza, más que estar fuera de ella; segundo, que existen diferencias sociales y culturales entre seres humanos y, tercero, la teoría de la selección natural se reformuló para explicar el cambio social en base a la supervivencia de los más dotados. Inicialmente, el enfoque biologicista encausó investigaciones etnográficas y etnológicas (Turner, 1994), pero terminó predominando la corriente antropológica que centraba su atención en lo cultural de la constitución del ser humano.

Desde la Sociología del Cuerpo...

Dentro de la Sociología Clásica, los autores se focalizaron en las similitudes entre sociedades industriales más que en las diferencias entre los seres humanos, dejando el rol del cuerpo e incluso el del sujeto postergado. García Selgas enfatiza que “la sociología clásica ha

olvidado la corporalidad, ha relegado a un segundo plano al individuo, a favor de las estructuras y las confrontaciones de la sociedad industrial; y, ha insistido entre el dualismo entre lo sociocultural y lo biológico-natural, dejando de lado este segundo polo” (García Selgas, 1994, p45).

Ya desde la segunda mitad del siglo XX, los avances en los estudios del cuerpo por parte de la Antropología, heredan a la sociología 3 premisas (Turner, 1994):

En primer lugar, la corporalidad humana entrega una serie de obligaciones y limitaciones, tales como la supervivencia y el envejecimiento, pero también el cuerpo se potencia con el desarrollo sociocultural. En segundo lugar, se identifican ciertas contradicciones entre la sexualidad humana y los requerimientos socioculturales (Turner, 1994). Por último, estos hechos “naturales” se experimentan de manera diferente de acuerdo al género. Respecto a este punto, vemos como el concepto de género empieza a surgir dentro de la sociología como un concepto ambiguo en el entramado naturaleza /cultura.

Sin embargo, en el último tiempo el debate en torno al cuerpo ha proliferado, situándolo en “el centro para la teorización social como crítica de la racionalidad capitalista, el concepto cristiano de control moral o de relaciones sexuales explotadoras en la familia patriarcal” (Turner, 1994, p.25), siendo Foucault con su conceptualización de la Biopolítica, uno de los exponentes más importantes e influyentes.

El auge de la cultura de consumo, que plantea el cuerpo como el mejor elemento de inversión (en belleza, salud y bienestar) (Baudrillard, 2009), así como la masificación de la publicidad erotizada (Turner, 1994), son de los primeros elementos de cambio social que situarán al cuerpo en el centro del debate. Otro factor es el avance del movimiento feminista, que en un comienzo presentaba un discurso basado en la diferencia sexual, que postulaba que hombres y mujeres tenían cuerpos diferentes, por lo tanto se relacionaban con el mundo de manera diferente, pone en evidencia (independiente del esencialismo de este discurso) que el

cuerpo es un elemento clave en la interrelación con los otros, y que diferentes cuerpos experimentan de manera distinta la interacción social.

El surgimiento del arte posmoderno que trataba de perturbar a la burguesía celebrando la sexualidad, constituyó una fuerte crítica a la moral burguesa (Turner, 1994), yuxtapuesto a la decadencia del aparato moral cristiano, conllevaron a la disminución de la escandalización frente a cuerpos desnudos. El último elemento analizado por Turner, ha sido los grandes avances en la tecnología médica como el control de la natalidad y medios de reproducción asistidos, elaboración de prótesis y por qué no hablar de las cirugías cosméticas, por mencionar algunos, que han catapultado a la biopolítica como uno de los ejes principales del análisis social contemporáneo respecto el cuerpo.

...Hacia el sujeto Encarnado

Con los antecedentes anteriormente expuestos, llegamos a la consolidación de la sociología del cuerpo, es decir, el cuerpo se transformó en un objeto de estudio en sí mismo. Sin embargo, nuevas investigaciones y reinterpretaciones de teorías, nos llevan a repensar el cuerpo como un sujeto de estudio, traspasando finalmente la dicotomía cuerpo/mente, naturaleza/cultura. “Desde los años setenta se vienen produciendo diversas investigaciones dirigidas tanto a superar esos dualismos (...) como a impedir la reducción de uno de los polos del dualismo al otro” (García Selgas, 1994, p.42).

El cuerpo participa en las sensaciones y experiencias sociales. Para Denise Jodelet (2009), hay una fuerte relación entre la cultura, a través de la imposición de normas, y la evolución de la sensibilidad (entenderemos sensibilidad como la representación que tiene el sujeto de su propia experiencia):

“El cuerpo está regulado, controlado por la internalización de lo social e incorporado a través de las modalidades emocionales y de los hábitos, de la técnica y de la disposición realizada en el cuerpo. Todo esto permite una influencia de lo social a nivel individual, por lo que hemos dado en llamar la incorporación como interiorización de reglas y normas que constituyen los hábitos corporales, en donde podemos ver la relación estrecha entre lo individual y lo social” (Jodelet, 2009, p.6).

La cita de la autora, no solamente nos hablan de un cuerpo construido por el sujeto en base a su experiencia y sensibilidad, sino que hace referencia a un cuerpo socialmente construido, atravesado por normas incorporadas. El cuerpo, para Jodelet (2009), representa el soporte del signo, es un objeto semiótico en sí mismo. Utilizaremos el concepto de *Encarnación* de García Selgas (1994) para complementar esta idea. El autor, realiza una relectura de la definición católica del concepto y lo plantea como el movimiento por el que la inteligibilidad del Logos (la divinidad) se actualiza concreta e históricamente en la corporeidad humana, configurando así, un sujeto humano auténtico y completo (lo que es igual a una subjetividad plena, es decir, un agente social) (García Selgas, 1994).

En el contexto de las ciencias sociales, la encarnación da cuenta de unos procesos bajo los cuales confluyen lo simbólico y lo material, pero cuyos contenidos no son concretos, pues varían históricamente. Por otro lado, la flexibilidad del concepto, permite superar el dualismo sin caer en el relativismo. Finalmente, la encarnación es interpretada por García Selgas (1994) como un “concepto monstruoso”, pues no se instala en ninguna esfera específica (social, biológica, divina), pero tampoco queda fuera de ninguna: es un cuasi-objeto. Dada la importancia que presenta la encarnación en cómo este percibe la realidad, en la interacción y en la representación y naturalización de normas, es que el autor propone que “la sociología del cuerpo sea un elemento central en toda sociología, en lugar de una más de las aplicaciones de las teorías y técnicas sociológicas” (García Selgas, 1994, p.44).

La construcción del cuerpo Travesti

El cuerpo representa la dimensión física mediante la cual los sujetos interactuamos. Sin embargo, este cuerpo no es un dato biológico predeterminado, que permanece inalterable a lo largo de generaciones, ni siquiera a lo largo de la vida del mismo individuo (Salinas, 1994). Como vimos anteriormente, el cuerpo está repleto de significados, y a la vez es productor de significados, por lo que lo corpóreo también está sometido a un proceso de construcción social. La autora Lola Salina (1994), realiza una revisión a la Teoría de la evolución de Darwin, para distinguir entre el evolucionismo biológico y el evolucionismo social. Salinas propone que la etapa de la selección natural a través de la reproducción de los más capacitados debe entenderse como “reproducción diferencial”, además plantea que esta etapa dio inicio a la humanidad, pero finalizó cuando el hombre se constituyó en sociedades, denominándola “prehistoria de la sociedad” (Salinas, 1994). De esta manera, el contacto físico que aseguraba la reproducción de la especie (reproducción diferencial), se fue organizando, estructurando y sistematizando, transformándose en “reproducción sexual”. Desde este momento, el destino de la especie humana no sigue un “proceso aleatorio, caótico e independiente (como postulaba Darwin), sino que queda sujeta a las reglas de la organización social” (Salinas, 1994, p.94).

Este momento marca el punto en la historia de las sociedades en que la influencia de los factores biológicos se invierten con los sociales. Es decir, todos los elementos propios del ser humano, incluyendo su cuerpo, son influidos principalmente por lo social, más que por la biología. La autora analiza los sistemas molecular y nervioso, como parte de una adaptación, evolución y herencia genética que encuentra sus bases en la modificación de las necesidades sociales del individuo (Salinas, 1994). La construcción social del cuerpo, es interpretada como que los cambios y adaptaciones atribuidos específicamente a la biología son, por el contrario, producto de la interacción social entre los individuos. Salinas va más allá, declarando que no solamente el cuerpo se adapta a las necesidades sociales, sino que

adquiere sus significados en lo cultural. A modo de ejemplo, la autora cita un estudio de Vande Wiele publicado en 1974, en el que remarca la distinción construida por los biólogos, de que la progesterona es una hormona femenina, cuando esta se encuentra presente en cuerpos machos y hembras en cantidades similares. Así, Salinas denuncia el dimorfismo sexual (al cual se le da coherencia con la construcción de una dicotomía de género y de orientación sexual complementaria), que se ha construido socialmente, a través de la biología.

La autora Judith Butler, ha dedicado gran parte de su obra en esclarecer cómo opera la corporización de las normas, lo cual no significa desestimar la existencia material del sujeto:

La existencia y la realidad de las dimensiones materiales o naturales del cuerpo no son negadas sino replanteadas de tal suerte que quede establecida la distinción entre estas dimensiones y el proceso por el cual el cuerpo termina portando significados culturales. (Butler, 1998, p.298).

Estos significados se adquieren mediante el proceso de *encarnación* de pautas culturales (entre las que se encuentra el género y la raza) que actúan como ideales regulatorios y modeladores del cuerpo que le otorgan sentido (Butler, 1993, p.62). La naturalización de las normas se consigue mediante la ilusión de que el cuerpo (concebido como prediscursivo) *es así*, formando parte de un mecanismo de poder y dominación, articulados con el fin “producir los parámetros de persona” (Butler, 2006, p.35). Es como parte de estos parámetros que encontramos cuerpos heterosexuales dicotómicamente sexuados a los que debe corresponder un género específico.

En el caso del travesti, el cuerpo es el lugar en que se desarrolla la divergencia de la relación sexo/género esperada. “El travesti puede hacer más que simplemente expresar la distinción entre sexo y género: desafía, implícitamente al menos, la distinción entre apariencia y realidad que estructura buena parte del pensamiento común sobre la identidad de

género” (Butler, 1998, p.309). La discordancia en la relación sexo/género queda plasmada en el cuerpo. El travesti evidencia la noción de género performativo introducida por Butler, pues la actuación de lo femenino traspasa la subjetividad y se corporiza en un sexo distinto del esperado.

Cuando el travesti (en esta investigación me abocaré solamente al travestismo femenino) decide performar un género diferente al que le corresponde culturalmente, opta por su contrario (respetando la dicotomía genérica): el género femenino. “Allí, las travestis deberán aprender primero el significado social de ser mujer y adquirir gradualmente los símbolos de la femineidad en orden a construir su identidad genérica. Y estos símbolos están vinculados al cuerpo” (Fernández, 2004, p.161). La actuación reiterada del género femenino confluirá en una corporización de lo femenino, sobre un cuerpo discursivamente sexuado como masculino.

La construcción del cuerpo femenino se realiza primeramente reconociendo aquellas características socialmente atribuidas a la mujer, para luego incorporarlas mediante nuevos actos performativos: “las travestis construyen su cuerpo teniendo como horizonte para sus intervenciones un cuerpo femenino que es leído con la minuciosidad de quien lee un texto dramático que debe aprender de memoria para actuar luego” (Fernández, 2004, p162). Esto quiere decir que el género no podría representarse correctamente si no se corporizara, y la mayor parte de las características que definen un género determinado son corporales. De esta manera, podemos reafirmar que el cuerpo está sujeto a una construcción social y cultural, constituyéndose como la materialidad en que sexo y género cobran sentido.

El cuerpo como discurso de resistencia

Desde la teoría *queer* han surgido una serie de debates sobre el cuerpo, principalmente influido por las nuevas tecnologías médicas, dedicadas a la modificación,

reparación y mejoramiento del cuerpo. La medicina hace posible tener bebés sin relaciones sexuales, devuelve miembros a los amputados, incluso puede asignar *géneros*. “La tecnología médica a través de la reconstrucción hormonal y quirúrgica hace posible la incorporación protésica de los géneros; es la encargada de “sexuar” el cuerpo” (Jordán, 2010, p.147).

Refiriéndonos al travestismo, el método de feminización más usado son las hormonas, al menos en la etapa inicial. El control médico y político sobre las hormonas, lleva a Rosalía Jordán a cuestionar el carácter político de las mismas, analizando el caso de Beatriz Preciado, escritora ícono del movimiento *queer*, quien se aplica testosterona en gel. En el caso de las hormonas masculinizantes (a diferencia de los estrógenos, disponibles en cualquier farmacia) solamente se permite su ingesta en el caso de tratamientos médicos de reasignación de género, previo diagnóstico de disforia de género. Jordán (2010) identifica estas hormonas como *portadoras de subjetividad*, pues son vistas por parte de la medicina como si ellas mismas tuvieran género dentro de sus componentes. La creencia es que al tomar hormonas “masculinas” uno se vuelve hombre paulatinamente, cuando lo más probable es que cambien pequeños atributos físicos, como el vello y haya mayores cambios en el deseo sexual (en su intensidad, no en su orientación). La lógica de las hormonas actúa también para mujeres heterosexuales, quienes las consumen para el control de la natalidad desde 1956. Jordán conceptualiza la píldora como un “cóctel químico que re-feminiza y construye a la mujer” (Jordán, 2010, p.148).

Para Preciado, la tecnología médica ha contribuido a “los procesos de normalización, de control de los cuerpos y de la sexualidad” (Preciado, 2007, p. 16) enfocándose en reestablecer la coherencia entre sexo, género e identidad sexual en los sujetos. Sin considerar los costos, el proceso de modificación del cuerpo sólo tiene cabida dentro de la reasignación sexual, es decir, primero se “corrigen” los genitales, antes de modificar otra parte del cuerpo aunque sea más visible e identificable con el género buscado. La poca posibilidad de acceder a estas cirugías, y la negativa de los travestis a modificar sus

genitales, los coloca en la posición de anormales, de abyectos, pues no deciden que lugar utilizar dentro de la matriz heterosexual. Jordán concluye (tomando el caso de transexuales masculinos) que “al parecer, la cuestión es, o colocarse físicamente un pene (ya sea de carne o de plástico) o deconstruir el valor político social de los genitales” (Jordán, 2010, p.151).

La *deconstrucción político social de los genitales*, viene a operar como discurso de resistencia, especialmente en el caso de los travestis, puesto que ellos evidencian físicamente la no correspondencia entre sexo/género/identidad sexual. La teoría *queer* hace un llamado a aprovechar la mutación de los cuerpos llevada a cabo por la biotecnología, para romper con las dos opciones de cuerpo (mujer u hombre) y generar una multiplicidad de cuerpos, que pongan en evidencia los regímenes con los que se construye lo normal y lo anormal (Larramendy, 2005). Desde esta perspectiva, el cuerpo travesti actúa como una práctica emancipatoria y contra hegemónica, para representar una multitud de cuerpos y subjetividades omitidas en el entramado heterosexual.

2.2.3. Género

Surgimiento del Concepto

El concepto de género surge en 1955 en manos de la psiquiatría, cuando Stoller lo utiliza para “distinguir el sexo biológico de la identidad sexual (el hecho de percibirse hombre o mujer y comportarse en consecuencia), distinción que será reformulada más tarde en términos de sexo y género” (Stoller citado por Dorlin, 2008, p.32). Los estudios clínicos, en base a niños hermafroditas comenzarán a denotar que el sexo biológico no determina el género ni la sexualidad de los individuos, sin embargo, estas nociones de “no correspondencia” serán retomadas cerca de los años 80.

Desde la introducción a las ciencias sociales del concepto de género, el debate comienza a girar en torno al carácter sociocultural de las relaciones desiguales entre hombres y mujeres, rompiendo el orden “natural” de las mismas. El género, se convirtió en el gran concepto de la teoría feminista y del movimiento político feminista, siendo su principal objetivo “el ataque al determinismo biológico” (Aguilar García, 2008, p.2), pues la categoría de género ponía en evidencia el carácter cultural de la dominación sexual. Las siguientes producciones teóricas utilizaron el concepto de género para comprender la construcción social de lo femenino y lo masculino, siempre considerando el sexo como un dato biológico pre-existente, cuya materialidad es incuestionable.

Bajo esta lógica, la distinción sexo/género se convierte en un sistema binario que reproduce la dicotomía naturaleza/cultura. Así pues “el género es *socialmente* construido y el sexo *biológicamente* determinado” (Aguilar García, 2008, p.4). Si bien los primeros escritos buscaban romper con la dominación basada en la distinción hombres y mujeres, como si la inferioridad de estas estuviera marcada por la biología, incorporando al género como herramienta emancipadora, la paradoja es que el mismo género, como construcción cultural dependiente de la naturaleza, se vuelve contra las mujeres, bajo la fórmula “la naturaleza es destino”. Es decir, si la construcción inferior de la mujer es rebatida al ser considerada consecuencia de una construcción sociocultural basada en el sexo biológico, la misma lógica del género determina que hombres y mujeres deben ser diferentes, puesto que sus genitales son diferentes. En palabras de Josefina Fernández, “al tiempo que se pretendió des-biologizar a la mujer a través del concepto de género, ella resultó esencializada” (Fernández, 2007, p.3).

Crisis del concepto

Desde los años 80, comenzó un nuevo debate en torno al concepto de género, el cual fue criticado por no dar cuenta de las diferentes realidades de las mujeres, identificando a todas dentro de la categoría de Mujer. Dentro del feminismo, las lesbianas y las mujeres

negras comenzaron a evidenciar otros tipos de dominación y discriminación que la teoría feminista no había considerado.

A modo de ejemplo, el feminismo esencialista de la época, atacaba a la familia como la principal institución del patriarcado, como sustento del sistema dominado por los hombres. En cambio, para las mujeres negras, la familia representaba el único refugio frente al racismo sufrido sistemáticamente en todas las esferas públicas. Este grupo de mujeres comenzó a denunciar el racismo presente dentro del movimiento feminista, e introdujo al debate que el concepto de género debía articularse con otros ejes, tales como raza y clase (Fernández, 2007).

Por otro lado, las feministas lesbianas buscaban no sólo derribar los estereotipos femeninos, sino que derribar estereotipos en torno a la homosexualidad y la manera en que esta dificultaba el ámbito público y privado de la vida (Fernández, 2007). Las intervenciones lesbianas comenzaron a incorporar a las discusiones la heterosexualidad como institución normativa, que buscaba reproducir la dominación de los hombres sobre las mujeres.

Un destacable ejemplo del feminismo lesbiano, es la teoría de Monique Wittig, quien en su ensayo *El Pensamiento Heterocentrado* (1978) plantea la existencia de un discurso heterosexual en las ciencias, en el que la homosexualidad es reprimida, al no existir en la lógica del discurso. Así, se universalizan los conceptos, aplicándolos a todas las épocas y contextos. Cuando dice que “las lesbianas no son mujeres”, es porque todos los conceptos utilizados para referirse al sistema de género, y al orden simbólico y social tienen sentido sólo dentro de la heterosexualidad:

“Los discursos que nos oprimen muy en particular a las lesbianas feministas y a los hombres homosexuales y que dan por sentado que lo que funda la sociedad, toda sociedad, es la heterosexualidad, nos niega toda posibilidad de crear nuestras propias categorías, nos impiden hablar si no es en sus propios términos y todo aquello que los pone en cuestión es enseguida reconocido como “primario” ” (Wittig, 1978, p.4).

Otro gran aporte de Wittig (1987), es el concepto de contrato heterosexual, el cual representa las convenciones sociales que mandan en nuestras sociedades, y si bien no se mencionan, están implícitas y todos las conocen y se someten a ellas. Al hablar de heterosexualidad, no hablamos solamente de la orientación sexual sino de un proyecto de ser humano (hombre o mujer) que está prácticamente escrito (Wittig, 1987).

Wittig apunta a romper el contrato heterosexual por medio de una subversión del lenguaje, creando nuevas categorías, fuera de la lógica del género, ya que los conceptos hetero están entrando en una crisis, un agotamiento. La historia está inserta en esta imposición, y se cuestiona si hubo un sujeto previo al sujeto heterosexual, por lo que Wittig busca hacer un quiebre con el discurso de la ciencia y el sentido común, por estar “contaminados”, a lo que propone crear una nueva lógica del discurso, un discurso lesbiano, ya que las lesbianas, a diferencia de las mujeres, tiene la ventaja de existir dentro de lo innombrable, dentro de lo que escapa al pensamiento y al contrato heterosexual.

Estas dos fuertes críticas surgidas desde dentro del feminismo comienzan a romper este metarrelato construido dentro del movimiento. Se había estado hablando de la lucha de La Mujer, sin notar que, así como de utiliza comúnmente la palabra Hombre para referirse a la especie humana, Mujer representaba sólo a las mujeres blancas heterosexuales. En particular, las teorizaciones feministas lesbianas son las que más fructificarán y terminarán conformando las bases de la denominada teoría *queer*.

Deconstruyendo el género

La teoría de género comenzó a dar un vuelco en torno a su objeto de estudio. Ya no se trata de buscar las causas de la desigualdad entre hombres y mujeres, si no de poner en evidencia otros mecanismos de sujeción en torno a la sexualidad. Una fuerte influencia fue el postestructuralismo francés, principalmente a la obra de Michel Foucault La Historia de la

Sexualidad (1984), en la que presenta la tesis que la sexualidad ha sido completamente construida en la cultura, en función de propósitos políticos de la clase social dominante, para reproducir relaciones económicas y sociales. Las técnicas desarrolladas para mantener la hegemonía de la clase dominante son llamadas tecnologías del género y trabajan en torno a cuatro figuras: La sexualización del cuerpo de los niños, el control de la procreación, la sexualización del cuerpo de la mujer y la patologización del comportamiento sexual anómalo (Lauretis, 1989). Foucault (1984) propone una acabada investigación de cómo la sexualidad está estructurada como parte de un sistema de dominación, el cual, para asegurar su funcionamiento, ha desplegado una red de instituciones y distinciones naturalizadas, entre ellas el género y el sexo.

Por otro lado, el psicoanálisis irrumpe en las ciencias sociales influenciando fuertemente la teoría feminista en torno al género. Si bien los planteamientos de Freud no fueron bien recibidos dentro de las teóricas feministas, la profundización que hizo Lacan en torno a la estructuración psíquica basada en la diferencia sexual han sentado bases para la incorporación de otros aspectos (como la psiquis) al debate acerca del género. “El psicoanálisis explora la forma como cada sujeto elabora en su inconsciente la *diferencia sexual* y cómo a partir de esa operación se posiciona su deseo sexual y su asunción de la masculinidad o la feminidad” (Lamas, 1999b, p.98). La relevancia del psicoanálisis, es que incorpora un tercer elemento al debate: la psiquis. De esta manera, la identidad del sujeto estaría conformada por lo simbólico, lo imaginario y lo real, sin hacer una clara distinción entre sexo, género y psiquis terminando con la dicotomía naturaleza/cultura que tanto se le criticó al concepto de género.

Otro elemento que confluía para que la teoría de género diera un vuelco, fue el desarrollo de movimientos de reivindicación homosexuales, dentro de los cuales, las teóricas feministas lesbianas, encontraron gran apoyo, ya que sus planteamientos en torno a la

heterosexualidad, adquirirían en este nuevo contexto connotación de reivindicación política, para un grupo cada vez mayor.

La autora Gloria Bonder (1998) realiza una recopilación de las principales líneas de debate que se gestan en esta época, las cuales darán origen a las nuevas teorías de género, dentro de las cuales se enmarca este estudio:

- a) En primer lugar, la crítica al binarismo sexo/género consolidado por la teoría feminista de los 60', afirma que esta doble dicotomía (dos sistemas: naturaleza y cultura, solo dos sexos y dos géneros) sería “parte de una práctica regulatoria que produce los cuerpos de varones y mujeres como diferentes y complementarios, que asume la heterosexualidad como la norma” (Bonder, 1998, p.4). De esta crítica también se desprende el cuestionamiento a que existan solamente dos géneros (como categorías universales y excluyentes), ya que los procesos de subjetivación se consideran intergenéricos. Al quedar en evidencia el carácter cultural de la dicotomía de género, en función de una estructura de dominación, nada impide pensar que el género no existe de manera natural, propia del ser humano, por lo que los géneros podrían ser múltiples.
- b) Por otro lado, se critica la construcción esencialista que se había hecho de la mujer, como categoría única, pues niega que la subjetividad sea un proceso cerrado, sino que múltiple y fragmentado. Dentro de este esencialismo, destaca el rechazo de la concepción victimista de la mujer, pues el objetivo es revalorizar las experiencias femeninas, principalmente en el plano de la “resistencia y la transgresión de los mandatos culturales” (Bonder, 1998, p.4).
- c) Otra línea de análisis, es el giro a utilizar el concepto de género como categoría de análisis transversal a todos los procesos sociales, en lugar de relegarlo a una categoría para estudiar roles e identidades. Incorporar al género a otros debates, permite conocer de manera enriquecida, como se articulan diversas posiciones identitarias de

etnia, clase, orientación sexual, etc. Esta línea interpreta la identidad como un proceso en permanente construcción, y el cual se ve atravesado por una red de identificaciones (Bonder, 1998).

- d) Otra perspectiva de estudio, es la que plantea las posibilidades que ofrece el concepto de género. Por un lado, se critica la imposibilidad de transformación de los “mandatos genéricos” que planteaban las feministas de la Segunda Ola (Bonder, 1998), sin embargo, al replantear el concepto no como un determinismo incuestionable, sino como una construcción no acabada, a la cual permanentemente nos seguimos sometiendo a lo largo de nuestras vidas, el género permite re-construirse para subvertir las normas. “La construcción del género está también afectada por su deconstrucción...porque el género como lo real, es no sólo el efecto de la representación sino también su exceso” (Lauretis, 1989, p.9). Es decir, lo que queda fuera del discurso, tiene la potencialidad de desestabilizar la representación de lo mismo que la excluye.

Dentro de estas líneas de debate es que podemos enmarcar el trabajo de la filósofa Judith Butler (1998), quien toma la teoría de los actos de habla de Austin, focalizándose en los actos de habla performativos, es decir, aquellos que con ser enunciados realizan acciones. Butler orienta las articulaciones discursivas en torno a las representaciones de género y denomina aquellos enunciados como performativos. Estos enunciados performativos son los que imprimen el género en los cuerpos sexuados por medio de *actos* performativos. De esta manera, “el género es instituido por actos internamente discontinuos” (Butler, 1998, p.297). Esto significa que el género es actuado y que la repetición de aquellos actos es lo que constituye la identidad genérica. “Como el género no es un hecho, los diversos actos de género crean la idea de género, y sin esos actos, no habría género en absoluto” (Butler, 1998, p.301). La naturalización del género forma parte de un sistema de *poder regulatorio* y es una

de las tantas formas mediante las cuales este poder se ejerce sobre los sujetos. “En este sentido, el género opera para asegurar ciertas formas de enlaces sexuales reproductivos y para prohibir otras formas” (Butler, 2006, p.21).

La autora reconoce las fuertes significaciones culturales inscritas en el género, sin embargo presenta la posibilidad para la transformación de las categorías de género, por ende, una subversión a la norma binaria:

Y si el cimientamiento de la identidad de género es la repetición estilizada de actos en el tiempo, y no una identidad aparentemente de una sola pieza, entonces, en la relación arbitraria de esos actos, en las diferentes maneras posibles de repetición, en la ruptura o repetición subversiva de este estilo, se hallarán posibilidades de transformar el género” (Butler, 1998, p.297).

Esta postura le ha valido muchas veces la crítica de una perspectiva voluntarista del género (Femenías, 2003), sin embargo, la autora aclara que si bien cada persona actúa el género de manera distinta, las normas y expectativas sobre esa actuación ya están dadas:

“Al igual que un libreto puede ser actuado de diferentes maneras, y al igual que una obra requiere a la vez texto e interpretación, así el cuerpo sexuado actúa su parte en un espacio corporal culturalmente restringido, y lleva a cabo las interpretaciones dentro de los confines de directivas ya existentes” (Butler, 1998, p. 308).

Además de los límites entre los que se desarrolla esta performatividad, existe un fuerte componente social punitivo a quienes no aprendan la distinción de género como es esperado. El género es una norma y “la norma gobierna la inteligibilidad, permite que ciertos tipos de prácticas y acción sean reconocidos como tales” (Butler, 2006, p. 10). De manera contraria, hay una serie de subjetividades que construyen un género diferente al ideal, por lo que su posición en el entramado social no los reconoce como sujeto, ocupando el lugar de lo *otro*. La constitución del otro, se hace necesaria para reafirmar el sistema dominante, pues lo *Uno* no existe si no es en relación a lo *Otro*: “La constitución del sujeto conlleva la

formación colateral de lo excluido o lo abyecto. Siempre que se constituya un sujeto, se constituirá lo abyecto como la exclusión normativa y necesaria para la existencia del primero” (Aguilar, 2008, p.10).

Relación Sexo- Género

Hasta ahora, el debate del género se centra en las construcciones culturales que se hacen *sobre* los cuerpos y sus implicancias prácticas en las relaciones de dominación de un género sobre otro, “dejando al sexo anatómico el papel de real insoslayable” (Dorlin, 2008, p. 36). La incuestionabilidad de los dos sexos pronto entra al debate, tal como lo señala Marta Lamas:

“Aunque aparentemente la biología muestra que los seres humanos vienen en dos sexos, son más las combinaciones que resultan de las cinco áreas fisiológicas de las cuales depende lo que, en términos generales y muy simples, se ha dado en llamar el “sexo biológico” de una persona: genes, hormonas, gónadas, órganos reproductivos internos y órganos reproductivos externos (genitales)” (Lamas, 1999b, p.156).

Lamas, invita a pensar en la multiplicidad de alternativas si se combinan estos cinco factores, a lo que concluye, que la mayoría de las sociedades tienen un pensamiento binario arraigado, por lo que no debe extrañarnos la reducción de las representaciones sociales a dos elementos.

La teoría feminista recoge los estudios de Foucault sobre la sexualidad, quien ya había afirmado que el sexo “agrupa en una unidad artificial, elementos anatómicos, funciones biológicas, conductas, sensaciones, placeres y permitió el funcionamiento como principio causal de esa misma unidad fáctica” (Foucault citado por Aguilar, 2008, p.7). Judith Butler retoma esta noción para afirmar que el sexo no es dato biológico, sobre el cual el género se construye, sino que existe un ideal regulativo que se materializa en el cuerpo a través de

reiteradas prácticas normativas. “Para Butler lo que estructura el yo corporal y produce la morfología sexuada es un imaginario” (Aguilar, 2008, p11).

En relación al género no se puede afirmar que el cuerpo sea un recipiente pasivo previamente constituido. Si bien la diferencia anatómica entre cuerpos no se puede obviar, los significados que se le otorgan a estos son los que construyen el cuerpo como sexuado. Esta corporización de significados cobra sentido respecto al género, por lo que ambos elementos, sexo y género, se articulan conjuntamente para dar paso a un *cuerpo sexuado*. “Se tomará entonces el género como un estilo corporal” (Butler, 1998, p.300).

2.2.4. Tres formas de comprender el travestismo.

La discusión sobre el travestismo se enmarca teóricamente dentro del feminismo, pudiendo distinguirse tres posiciones diferentes. Sin embargo, las tres perspectivas descritas a continuación se mantienen dentro del debate sobre el género.

Una de las tres teorías, es la que interpreta este hecho como la expresión de un tercer género. Frente a las diversas subjetividades que se han “hecho visibles” los últimos años, el binarismo genérico se vuelve débil y no se sostiene por sí mismo; se hace necesaria la creación de una tercera categoría que agrupe a todo lo que no encaje en las dicotomías genéricas. “La categoría de tercer sexo y tercer género vienen a impugnar el dimorfismo sexual” (Herdt citado por Fernández, 2004, p.42). Esta posición se basa en que tanto el sexo como el género son construcciones sociales naturalizadas, proponiendo un paradigma de género múltiple. Esto quiere decir, reconocer todas las subjetividades posibles y desligarlas de su correspondencia con un sexo dado: “no es necesario creer que existan tres o más sexos físicos para que tengan lugar múltiples géneros” (Roscoe citado por Fernández, 2004,

p.45).

En esta línea que reclama la necesidad de un tercer género, posiciono el trabajo de Mauro Cabral (2007), quien postula el concepto transgeneridad para designar un conjunto de discursos y prácticas identitarias que sobrepasan las categorías tradicionales de masculino y femenino. La principal crítica que Cabral le hace a la perspectiva de género tradicional, es que identifica a las personas con su sexo “original” y natural, formando parte de un sistema de dominación biopolítica, incapaz de comprender las minorías que tienen subjetividades diferentes de lo femenino y lo masculino, es decir, “incapaz de nombrar más allá de la misma lógica de la diferencia sexual a la que se enfrenta” (Cabral, 2007, p.6).

En el texto *La paradoja transgénero*, Cabral define la transgeneridad como:

“(…) un espacio atravesado por una multitud de sujetos en dispersión y tod*s aquell*s que, de un modo u otro encarnamos formas de vida no reductibles ni al binario genérico, ni a los imperativos de la hetero o la homonormatividad” (Cabral, 2007, p.1).

Desde esta posición el travestismo constituiría la expresión de este tercer género (o transgénero) , el cual no correspondería a un sexo determinado. “El transgenerismo reitera la independencia de los rasgos de género corporizados en un modelo biocéntrico del sexo occidental” (Fernández, 2000, p.28). Estas subjetividades transgénero no se ajustan a las categorías de género existentes, por lo que quedan fuera del discurso hegemónico, quedando excluidas a la vez, de la categoría de sujeto. Son reducidas a un objeto *a* significar privado de la capacidad *de* significar, incluso por parte de las pensadoras del género (Cabral, 2007).

Otra perspectiva desde la cual se interpreta el travestismo, es considerarlo un reforzamiento de las identidades genéricas. El travesti, se movería de lo masculino a lo femenino, y en cada caso, su cuerpo debe coincidir con la subjetividad que adopta. Josefina Fernández explica esta posición remitiéndose a Whoodhause (1989), quien declara:

“Las travestis ven al género como algo que está rígidamente demarcado y excluyente:

masculinidad y feminidad y, en este sentido, el travestismo refleja los roles de género tradicionales, autoexcluyentes entre sí. Un varón no puede comprometerse en conductas no masculinas si primero no disfraza su masculinidad y la cubre con una apariencia femenina” (Whoodhause citado por Fernández, 2000, p.34).

Además, el travesti, al actuar el género femenino, lo hace según lo que tradicionalmente se considera inherente a la mujer: se maquilla, usa tacones, faldas, habla suave y se mueve delicadamente. “El travestismo replica las divisiones de género, se basa en imágenes de la mujer que han sido usadas para objetivarla y oprimirla” (Fernández, 2000, p.34), sin renunciar a la seguridad de poder volver a retomar su masculinidad.

Esta perspectiva plantea que el travestismo, a pesar de subvertir la norma *sexo original – género*, si la reafirma al mantener la correspondencia *cuerpo de mujer- género femenino*, y que alcanza incluso al rol de género.

Una posición más radical es la adoptada por Ekins (1998), quien afirma que el travestis es un varón feminizante, el cual se “feminiza” por medio de su cuerpo cambiando sus atributos sexuales secundarios y primarios; por medio de la erótica, experimentando una sexualidad o excitación en base a elementos femenino y por último, mediante el género, adoptando la conducta, cognición y emociones asociadas culturalmente a ser mujer (Fernández, 2004). Si bien la teoría de Ekins abarca principalmente el proceso de constitución del travesti, al tratar de caracterizar la subjetividad del mismo se mueve dentro de una relación rígida entre lo masculino y femenino, presentándose como las únicas opciones genéricas.

Finalmente, el travestismo puede ser analizado desde una perspectiva deconstructivista, que “entiende que los intentos de analizar el travestismo como perteneciente a uno u otro género son reduccionistas y se derivan de una confusión sobre las relaciones entre género y sexo, género y sexualidad” (Fernández, 2000, p.38). Lo que diferencia esta postura de la transgeneridad es que el travesti subvierte la correspondencia

sexo/género cuestionando la masculinidad y feminidad, “pero lejos de ser su propuesta la de géneros supernumerarios o géneros múltiples, lo que hace es buscar la deconstrucción de la categoría género misma” (Fernández, 2004, p.58).

“La diferenciación entre sexo y género sirvió para cuestionar la fórmula *biología es destino*” (Fernández, 2000, p.39), sin embargo significó la naturalización del sexo como categoría biológica incuestionable. Otra crítica que se le ha realizado al concepto género como efecto de la correspondencia naturalizada entre sexo y género, es que este último se ha convertido en un referente directo del cuerpo. “El género, como estructura social que designa el lugar propio de los sujetos a lo largo del eje de diferenciación, determina las percepciones del cuerpo como sexuado, determina lo que cuenta como sexo” (Laqueur citado por Fernández, 2000, p.40).

El carácter performativo del género (Butler, 1998) designa una serie de actos que a través de su repetición constituyen la identidad de género. No hay categorías genéricas fijas inquebrantables, por lo que “el género del travesti es tan completamente real como el de cualquier persona cuya performance cumple con las expectativas sociales” (Butler, 1998, p.309).

Dentro de esta línea también podemos situar a Rossi Braidotti (2004), la cual critica las categorías rígidas masculinas y femeninas, sobre las cuales se construye la identidad. Para esta autora nos encontramos camino a un “mundo multigenerizado y multicultural” (Braidotti, 2004, p.65), por lo que las dimensiones excluyentes del género ya no se sostienen. Frente a esto, propone la subjetividad nómada:

“La subjetividad nómada significa cruzar el desierto con un mapa que no está impreso sino salmodiado, (...)significa olvidar el olvido y emprender el viaje independientemente del punto de destino; y, lo que es aún más importante, la subjetividad nómada se refiere al devenir” (Braidotti, 2004, p.66).

La identidad se encuentra en permanente construcción y modificación, atravesada no solo por el género, sino también por la raza, clase, ideología, en fin, una multiplicidad de elementos que resultan constitutivos de los sujetos, más allá del género.

CAPÍTULO 3: MARCO METODOLÓGICO

3.1. Tipo de Estudio:

Esta investigación es de tipo **exploratoria**, pues los principales objetivos de esta investigación son *señalar* las tensiones entre el cuerpo y el género en la articulación de la identidad en travestis las regiones V y Metropolitana, por lo que este estudio constituirá un primer acercamiento a las identidades travestis. “Los estudios exploratorios se efectúan, normalmente, cuando el objetivo es examinar un tema o problema de investigación poco estudiado o que no ha sido abordado antes.” (Baptista, Fernández y Hernández, 1991, p.59). Asimismo, no hay muchas investigaciones al respecto y la mayoría se presenta en contextos políticos y sociales sustancialmente diferentes, como es el caso de Estados Unidos, Europa y en Latinoamérica, el caso de Argentina.

3.2. Tipo de Diseño:

El diseño de esta investigación es de tipo: cualitativo, proyectado, no experimental y transversal.

La elección del diseño **cualitativo** responde a una finalidad por *conocer* y *comprender* las características y significaciones atribuidas a la identidad, al cuerpo y al género. “Aquella es precisamente la información cualitativa: una que describe el orden de significación, la perspectiva y visión del investigado” (Canales, 2006, p.20).

Al mismo tiempo , el diseño es **proyectado**, pues ya se han tomado decisiones sobre la investigación tanto teóricas (enfoque y perspectiva con que se abordará el tema) como metodológicas (universo y muestra, técnica de recolección y análisis de datos).

Este estudio es de tipo **no experimental**, pues no se han manipulado deliberadamente las variables; al contrario, se han observado y analizado los fenómenos tal y como se muestran en su contexto natural (Baptista, Fernández y Hernández, 1991, p.189), obviamente, guardando los reparos de que una situación de entrevista no es exactamente el contexto natural en el que se desenvuelve el sujeto. A su vez, esta investigación será **transversal**, ya que la producción de datos se efectuó en el periodo determinado entre los años 2010 y 2011.

3.3. Técnicas de Producción de Datos:

Debido a un difícil acceso al campo conformado por una minoría sexual altamente discriminada, marcado principalmente por la negativa a otorgar entrevistas, se han debido utilizar 2 técnicas de producción de datos complementarias: entrevistas en profundidad y análisis de documentos, específicamente prensa.

La técnica principal de esta investigación es la entrevista en profundidad, pues es una herramienta que permite "la obtención de una gran riqueza informativa (intensiva, de carácter holístico o contextualizada), en las palabras y enfoques de los entrevistados" (Valles, 1999, p.196). Estas características son cruciales en una investigación que pretende descubrir los discursos identitarios en torno al cuerpo y al género de personas travestis. La entrevista en profundidad resulta más adecuada para revelar discursos en comparación a los grupos de discusión, pues me permitirá "aprender sobre lo que realmente es importante en la mente de los informantes: sus significados, perspectivas y definiciones; el modo en que los actores *ven* la realidad o en que clasifican y *experimentan* su mundo" (Gáinza, 2006, p.241).

Conjuntamente, al ser un estudio de tipo exploratorio, las entrevistas en

profundidad permiten “ganar nueva conciencia de ciertos aspectos cualitativos del problema” (Valles, 1999, p.200), e incorporar elementos fundamentales en el análisis que quizás no se habían considerado y que son de suma relevancia en los discursos surgidos de las entrevistas. Además, su mayor grado de intimidad con el entrevistado resulta crucial al momento de tratar con personas que sufren diferentes grados de discriminación cotidianamente, como es el caso de las minorías sexuales.

Por otro lado, se ha incorporado el análisis de documentos, como técnica complementaria a las entrevistas. El tema central de este estudio es la identidad, por lo que resulta crucial conocer la representación que tiene “el otro” respecto a los travestis. El discurso elaborado por los mismos sujetos de estudio sobre su identidad debe contrastarse con el discurso “del resto”, respecto a la identidad del travesti. Este “otro” será analizado en las publicaciones de prensa de dos medios, aparecidas en el mismo periodo en que fueron realizadas las entrevistas.

3.4. Universo y Muestra:

Respecto a las entrevistas en profundidad, el universo lo componen todos los hombres que se identifican como travestis de las regiones quinta o metropolitana. Las regiones fueron escogidas por su cercanía y por su concentración de organizaciones de minorías sexuales.

La muestra la integran 5 hombres que se identifiquen como travestis de las regiones quinta o metropolitana. Inicialmente, la muestra estaba proyectada en 12 personas a entrevistar, sin embargo, la dificultad para acceder al campo redujo sustancialmente la muestra.

El tipo de muestreo utilizado es no probabilístico e intencionado, ya que los casos seleccionados responden la necesidad de específicos criterios de información (Martín-Crespo

y Salamanca, 2007). Las características que definirán la muestra son : hombres que se identifican como travestis y que vivan en las regiones quinta o metropolitana. Los entrevistados fueron por medio de organizaciones como sindicato Afrodita, TransChile, y Mums. La estrategia de selección fue por bola de nieve, esperando que al acceder a pocos entrevistados, estos nos presenten a otros sujetos pertenecientes a la misma red (lo que facilita el cumplimiento de los criterios de selección). Esto ocurrió parcialmente, pues 3 de las entrevistadas son dirigentes de las organizaciones contactadas, de las cuales sólo 1 me derivó con 1 caso.

La unidad de información a la que se remite esta investigación, está compuesta por hombres que se identifican como travestis , por lo que la unidad de análisis se mantendrá al nivel de sujetos.

En relación al análisis de documentos, se escogieron 2 portales de noticias nacionales. El primero es www.biobiochile.cl, es cual publica diariamente variadas noticias de relevancia nacional y para cada región. La multiplicidad de temas tratados en el portal, así como su amplia cobertura nacional son características útiles, puesto que el objetivo es rescatar la percepción de la sociedad respecto al travestismo.

El segundo portal incluido es www.movilh.cl, el cual publica noticias relativas a las minorías sexuales. La elección de este portal radica en que debería tener una mayor cobertura de los acontecimientos relativos a travestis y entregar noticias a través de un enfoque menos discriminador.

En ambos portales, se seleccionaron todas la noticias y publicaciones relativas a travestis en el periodo 2010-2011.

3.5. Técnicas de Análisis de Datos

La técnica seleccionada para estudiar el discurso en torno a la identidad, el cuerpo y el género es el análisis crítico del discurso. El objeto de esta técnica “es saber cómo el discurso contribuye a la reproducción de la desigualdad y la injusticia social determinando quiénes tienen acceso a estructuras” (Van Dijk, 1999, p.28). En esta investigación, la marginalidad en que se desarrolla el travestismo, es fundamental para comprender de qué manera su identidad se construye como inteligible, respecto a las estructuras de dominación discursivas (Van Dijk, 1999).

Por otra parte, el análisis crítico del discurso resulta crucial al momento de analizar las identidades, pues tal como le menciona Santander, el discurso cobra gran relevancia en las problemáticas identitarias surgidas pos años 80, tales como problemáticas de sexualidad y género:

Se trata del surgimiento de aquello que Fraser (2003) llama “las luchas a favor del reconocimiento de la diferencia” y que tienen relación con las batallas políticas que se comenzaron a dar a partir de los ’80 en torno a temas emergentes como los de sexualidad, género, etnicidad, etc. Nos referimos a dinámicas en cuyo centro encontramos las nociones de identidad y cultura que comienzan a desplazar a otras, como las de redistribución igualitaria, estructura social o la de clase. Evidentemente, en la problemática cultural e identitaria el lenguaje juega un rol central, mucho más prominente que en la problemática de clase social. Y en la búsqueda de explicaciones y soluciones, el discurso es señalado, a menudo, como un lugar donde los prejuicios, estereotipos, representaciones negativas, etc. se re-producen (Santander, 2011, p.208).

3.6. Validez del Diseño

La validez de este estudio fue resguardada tanto al momento de producir los datos como al momento de analizarlos, pues mantener la coherencia en los resultados es esencial para certificar la validez interna de la investigación. Al tratarse de una muestra no muy extensa, tomada sobre una población catalogada como minoría, este estudio no pretende tener un alcance extrapolable al resto de la población, es decir, no ambiciona tener validez externa.

Para preservar la validez interna del estudio, utilicé la estrategia de “controles cruzados” (Gaínza, 2006, p.249). Esto significa, que mantendré *informantes claves* (dirigentes de movimientos travestis y académicos especializados en el tema) con el propósito de que las informaciones y perspectivas de los mismos se crucen “a fin de captar lo que prevalece como información más consistente y estable, distinguible de aquella que escapa a extremos de exageraciones y simulaciones” (Gaínza, 2006, p.249). Los criterios de elección de los informantes claves serán que tengan un alto grado de conocimiento de la realidad que se estudia, que sea respetado por los demás sujetos pertenecientes al mismo escenario y mayor cercanía e interacción con el investigador, pues lo que los hace claves no está asegurado en un comienzo y muchas veces se descubre a lo largo de la investigación (Gaínza, 2006, p.249).

3.7. Condiciones Éticas

Este estudio tiene como principio rector el asegurar a los entrevistados privacidad y *confidencialidad* respecto de información personal y no pertinente a esta investigación,

así como el total *consentimiento* sobre los datos recabados que se expondrán.

Debido a que la mayoría de las entrevistadas son dirigentes de movimientos de minorías sexuales, se han utilizado otros nombres para presentar las citas textuales de las entrevistas, con el fin de no exponer relatos íntimos.

CAPÍTULO 4: IDENTIDAD TRAVESTI

A continuación, presentaré el análisis de las entrevistas realizadas y de las informaciones recogidas en los medios de comunicación. La estructuración de la presentación de los datos, seguirá una lógica similar a la narración hecha por las entrevistadas. Todas las travestis que participaron del proceso de entrevista, articulaban su historia en torno a los mismos procesos: su iniciación en el travestismo, el rol del comercio sexual en sus vidas, una realidad más estable en la actualidad. Esta historia de vida se iba entrelazando permanentemente con la historia del movimiento de reivindicación de minorías sexuales al que pertenecían, como si la historia del movimiento fuera particularmente significativa dentro de su propia trayectoria personal. Consiente que la coincidencia en los relatos no es mera casualidad, respetaré la organización de los relatos para una mejor comprensión del discurso travesti.

Todas las entrevistadas eran travestis mayores de 35 años, por lo que crecieron en un contexto de dictadura y represión, especialmente notorio en el ámbito del comercio sexual en que se desarrollan. A la vez, eran dirigentes o simpatizantes de algún grupo de reivindicación de minorías sexuales, por lo que presentaban un mayor manejo de conceptos y planteamientos más teóricos, esencialmente respecto a la identidad de género. Por otro lado, las entrevistas y reportajes de medios de comunicación seleccionados, dan cuenta primordialmente de hechos noticiosos vinculados a la prostitución, la delincuencia y a los ataques con violencia física por discriminación (en el periodo considerado ocurrió una de las agresiones más emblemáticas y mediáticas a travestis en la comuna de Viña del Mar), por lo que estas informaciones y su tratamiento mediático, serán utilizadas, en su mayoría, al momento de analizar el lugar que ocupa el travesti en el espacio público.

4.1. Ser Travesti

Cuando se le pregunta a un travesti qué significa para ella ser travesti, surgen diferentes elementos que lo constituyen como tal. Primero, hay una referencia al sexo de origen *es un hombre*, luego una orientación sexual específica *que le gustan los hombres*, finalmente una conjugación de género plasmado sobre el cuerpo *que le gusta vestirse, maquillarse y comportarse como mujer*. En síntesis, un travesti es *un hombre que le gustan los hombres y que le gusta vestirse, maquillarse y comportarse como mujer*. La definición misma incluye los elementos centrales de este estudio, pero frente a esto, surgen algunas interrogantes.

Desde el enfoque de la gramática, la palabra travesti es un sustantivo masculino, se habla de “el” travesti. Resulta paradójico, pues las entrevistadas se refieren entre sí como ellas, las compañeras, las chiquillas. Es como si al categorizarlas, no estuviera permitido romper con el vínculo a su sexo. Cada vez que se nombran, se refuerza la idea de que son hombres, se recuerda que a pesar de su apariencia, hay un elemento fundante, que es su sexo. El mismo término travesti hace referencia a algo que no encaja, el significado evoca un hombre, mientras que el significante se constituye como una mujer. Esta ambigüedad en el propio término, será una característica de la identidad travesti, pues para el mismo sujeto es difícil articular con coherencia su propia condición¹.

¹ Vamos a utilizar condición a secas, pues comúnmente se utiliza condición sexual, lo cual reduce la problemática travesti a un tema de homosexualidad, dejando de lado las modificaciones al cuerpo y su identidad genérica.

4.2. Desde los orígenes...

El momento decisivo en la vida de los travestis es alrededor de los 13 años, o cuando entran en la adolescencia. En esta etapa, las dudas surgen principalmente respecto a la orientación sexual al darse cuenta de que les atraen los hombres y, percibir como más cercanos los intereses socialmente atribuidos a las mujeres, por ejemplo, maquillarse. La mayoría de las veces a esta edad son echadas de sus casas o se escapan. El motivo siempre es el rechazo del núcleo familiar a su condición, en principio homosexual, pues algunas aún no se han iniciado en el travestismo.

“Yo estuve en un hogar en Quillota (...) me echaban a mí, dejaban que me arrancara, me *cachaban* que yo era rara” (Sussy)

A los 12 años, a mi me echaron de la casa. Mi mamá (mi papá yo no lo conozco), me crié con mi padrastro, que también era terrible de conservador” (Pamela)

En este proceso, en que la adolescente vive en situación de calle, es donde es acogida por otros travestis y comienza el proceso de transformación, siempre acompañado por un grupo con mayor experiencia, y siempre en paralelo a la iniciación en el comercio sexual. Todas las entrevistadas, narran que se identificaron como travestis, cuando vieron a uno. Al reconocerse en otro, ellas se identifican con la condición de travesti, y es relevante que el proceso de “transformación” sea guiado por otros travestis, pues en definitiva la constitución del travesti responde a un imaginario regulador de las prácticas. Esta recepción por parte de un grupo de mayor experiencia, corresponde a una nueva etapa de socialización del travesti. Como ya ha dilucidado que no es heterosexual y se identifica como travesti, debe aprender a actuar, comportarse y vestirse como tal.

“La primera vez que yo llegué, llegué al Santa Lucía, y vi un Travesti y decía eso es lo que yo quiero, eso es lo que quiero ser. Así me identifico” (Pamela)

En esta afirmación podemos encontrar diferentes aristas sobre la identidad. La entrevistada nunca asevera sentirse como mujer. Ella no se identifica como una mujer en un cuerpo de hombre, ella se define como un travesti. Entonces, definitivamente podemos hablar de una *identidad travesti*. No es una identidad que fluctúa entre lo masculino y lo femenino, sino que es un todo conformado por una no correspondencia entre sexo, cuerpo y género además de nuevas formas de significar lo femenino y lo masculino.

La existencia de un grupo de apoyo, sea informal o un movimiento organizado, nos remite a una identidad colectiva. Ser travesti no es algo que se viva individualmente, es un proceso que debe ser aprendido. Inicialmente, la pertenencia a un grupo respondía a una estrategia laboral, pues el comercio sexual es el único medio de subsistencia que tienen en un comienzo (menores de edad en situación de calle), sin embargo es en este grupo que se inician en las terapias endocrinas, comienzan las primeras inyecciones de silicona industrial y otras modificaciones del cuerpo. “La identificación con las reglas sociales de esa comunidad pasa a ser, pues, la manera de controlar si seguimos perteneciendo o no a la comunidad” (Medina & Rodrigo, 2006, p. 129). De esta manera, la pertenencia a la comunidad travesti pasa por la adopción de prácticas de intervención del cuerpo, junto con la adhesión al comercio sexual.

“ La posibilidad de distinguirse de los demás debe ser reconocida por los “demás”. Por lo tanto, la unidad de la persona, producida y mantenida a través de la autodefinition, se apoya a su vez sobre la pertenencia a un grupo, sobre la posibilidad de situarse en el interior de un sistema de relaciones” (Melucci citado por Giménez, 1992, p.199).

La coincidencia biográfica en todos los relatos, nos habla de una memoria en común, de una forma de “configurar y reconfigurar el pasado del grupo como una memoria colectiva compartida por sus miembros, paralela a la memoria biográfica” (Giménez, 2004, p.58). Las entrevistadas se remiten a una adolescencia llena de abusos (principalmente en la educación formal básica), una ruptura con sus familias, el abandono del hogar, la acogida por un grupo

de travestis con experiencia y la iniciación dentro del comercio sexual. Junto con esto, podemos ver la transformación en la percepción de las entrevistadas, en torno a la discriminación en la sociedad, entrelazada con el desarrollo de los movimientos de reivindicación de minorías sexuales. Para todas, hay un fuerte vínculo entre su historia personal y la forma en que los movimientos organizados han ganado espacio y visibilidad. La historia del movimiento forma parte de su propia historia, así como los logros y desafíos:

“Imagínate, yo llevo 9 años como dirigente de este sindicato, entonces igual harta lucha! Justo en el bicentenario cumplimos 10 años, entonces yo creo que igual hartos medios van a querer saber que ha sido de nosotras” (Sussy).

4.3. De hombre a travesti: deconstrucción y reconstrucción de la identidad

Previamente revisamos cuatro elementos presentados por Revilla (2003), que constituirían los puntos de anclaje identitarios en las sociedades posmodernas: el cuerpo, el nombre propio, la memoria y la interacción. En el discurso de travestis podemos ver como la identidad se transforma, mediante la necesidad de una ruptura con la identidad anterior o identidad masculina.

Respecto al cuerpo del travesti, físicamente es el mismo, pero ha sido significado de una manera totalmente diferente, convirtiéndolo en otra persona. “La fuente del hecho de la identidad está en el cuerpo, pues son la continuidad corporal, la apariencia física y la localización espacio-temporal los que sirven como criterios para la asignación de una identidad continua” (Revilla, 2003, p.6). En el caso del travesti, no podemos hablar de continuidad en su cuerpo, por lo tanto, tampoco de una identidad continua. La identidad masculina debe ser borrada, si es que se quiere consolidar una identidad de travesti. El

principal punto de quiebre es cuando el travesti comienza a vestirse de mujer, previamente a cualquier intervención corporal más sofisticada.

Sin embargo, cuando se realizan terapias endocrinas, o inyecciones de silicona, ocurre una ruptura radical. No hay retorno una vez que el cuerpo es intervenido con estos medios. Hasta este punto, el travesti se basa en su vestimenta, maquillaje y otros trucos para simular una apariencia femenina. La iniciación ocurre principalmente a través de la ingesta de hormonas, cuya función es eliminar vellos y la aparición de senos:

“Pero me gustaba a mi, porque yo le robaba la ropa a mi hermana, o tenía unas amigas que me regalaban ropa. Yo vivía comprándome ropa, ahí en la calle del día domingo, en los cachureos. Pitarme, no me gustaba tanto, era sobre todo cuando era más cabra chica. Lo que después hice harto era inyectarme hormonas, pa engordar, pa que salieran pechos, porque no teníamos na. Y ahora no, porque tengo silicona, tengo como 2 litros de silicona Y na de operaciones, teníamos una amiga que nos ponía, nos inyectaba silicona, industrial. Llevo como 20 o 40 años ya y hasta el día de hoy, ojala que nunca, no ha pasado nada” (Sussy).

De acuerdo a la cita anterior, vemos una progresividad en las modificaciones del cuerpo, correlativa a la asunción de la identidad travesti. La identidad masculina es poco a poco borrada del cuerpo, llegando al punto en que no se permite ningún indicio de la identidad anterior. El cuerpo es el lugar donde se representa el disgusto con la identidad masculina, a la vez que representa el origen de la identidad travesti. En el caso del travestismo no podemos considerar el cuerpo como aquello que nos ancla a ser los mismos, a pesar de ser diferente y transformarse en el tiempo. El cuerpo travesti cambia, y junto con el, cambia la representación que el sujeto tiene sobre sí, a la vez que se modifica la representación que tienen los otros. “Sabemos que seremos juzgados por cómo aparecemos y por eso utilizamos nuestro cuerpo para convencer a los demás de lo que somos” (Revilla, 2003, p.7). La identidad travesti necesita del cuerpo para definirse, y para ser definida tanto

por el entorno íntimo, como por el resto de la sociedad. Volveremos a referirnos al cuerpo travesti y sus modificaciones en mayor profundidad.

El segundo punto de anclaje, propuesto por Revilla (2003), es el nombre propio, elemento de bastante interés en el caso de los travestis, pues la identidad construida al asumir un cuerpo feminizado, no se concreta hasta que el travesti elige su nuevo nombre. El nombre del travesti, es el principal elemento que lo ancla hacia una identidad más femenina. El nombre escogido viene a equilibrar la connotación masculina del término travesti. Resulta interesante, la elección del nombre, pues no mantienen el mismo, cambiándolo a su versión femenina (Fernando-Fernanda, Javier-Javiera, etc.), sino que es una oportunidad de nominarse con el nombre que más las identifique. Muchas veces el nombre responde a una mujer que los inspiró en su juventud, otras toman la versión femenina del primer amor, y otras prefieren que el nombre represente una especie de Alter ego glamoroso, que en un comienzo sirva para atraer clientes.

“Bueno, yo escogí Daniela, por que cuando era chica estaba enamoradísima de un chico que se llamaba Daniel, era precioso! Entonces, cuando estaba pensando en un nombre, me acordé de él, y me puse Daniela, a parte que igual el nombre me gustaba, lo encontraba lindo. Así que me llamo Carla Gamboa Fuentes. Gamboa y Fuentes son los apellidos de mis papás, y no tengo porque cambiarlos, así me pusieron ellos” (Carla).

Me parece llamativo, que a pesar del generalizado alejamiento y abandono de sus familias, las travestis conserven sus apellidos. En este punto podemos decir que el apellido como elemento de anclaje, opera fuertemente, pues sobrevive al cambio de nombre y a la ruptura identitaria, otorgándole un origen firme y concreto. “El nombre constituye una marca a la que aferrarse para saberse uno y el mismo” (Revilla, 2003, p.7). El apellido opera como un requisito social, es el dispositivo que le otorga existencia real al sujeto y lo diferencia de ser solo un personaje. El travesti “nace” como práctica identitaria, en la pubertad, por lo que el apellido es el único vínculo a su vida anterior.

Otro componente de la identidad posmoderna es la memoria, es decir, los elementos que incorporamos como parte de nuestra historia. Lo que queremos recordar y lo que inventamos para darle coherencia a nuestro relato. Como la técnica utilizada fue la entrevista en profundidad, las travestis consultadas tuvieron la posibilidad de exponer su relato libremente, permitiéndome notar ciertas inconsistencias en el mismo. Estas ocurrían principalmente al hablar de su vida como hombres, como si esa etapa de su historia fuera más borrosa, de difícil acceso inmediato a su memoria. Las inconsistencias también eran percibidas al hablar de la ruptura con la familia, muchas veces aludiendo a una excelente relación, y más tarde diciendo que no ven a sus familiares cercanos hace años.

Bueno, ahora ellos me aceptan sin problemas, igual los veo a veces. A la familia de mi mamá más que nada. Tengo una hermana, que ella también trabaja conmigo, aquí en el movimiento (...) es que si yo tengo mi casa, o algo, ¿a quien se lo voy a dejar? No tengo a nadie. Ni a mi familia, no, a ellos no les dejaría nada, me hicieron mucho daño y no quiero saber nada de ellos (Carla).

La falta de continuidad en el relato, respecto a su vida previa al travestismo y en relación a su familia, es interpretada como hechos que interfieren con la secuencia de la historia. “El individuo necesita esa narración, una narración interior continua, para mantener su identidad, su yo” (Revilla, 2003, p.8). Estos recuerdos pertenecen a procesos que no encajan con la identidad travesti, por lo tanto es difícil incorporarlos a la memoria biográfica.

Finalmente, las demandas de interacción constituyen nuestro último elemento de anclaje de la identidad, descrito por Revilla (2003), el cual, en el caso de los travestis funciona como un elemento bastante particular. Hemos hablado de la construcción de una nueva identidad, la cual se va constituyendo a través de las modificaciones del cuerpo, el cambio de nombre y la articulación de un relato coherente, sin embargo, todo esto responde a

una necesidad que surge frente a la interacción con otros. Al momento de relacionarse con el resto, el travesti no puede dar lugar a ambigüedades, puesto que su propia identidad estaría siendo cuestionada. El compromiso con la propia identidad es lo que genera la confianza suficiente para posibilitar las interacciones sociales (Revilla, 2003).

Aunque yo después de los 15 años, yo empecé a ser la chica trans, yo me fui de mi población y nunca más aparecí en la población. Yo me vine a vivir para estos lugares, al centro (...) A veces mis amigos me ven y me dicen que estoy súper cambiada. Yo les digo ahora soy cambiada, así que trata de llamarme por Carla y no por el nombre con que tu me conociste (nunca lo menciona). (Carla).

En la cita anterior, podemos ver como las rupturas identitarias apuntan a una muerte del sujeto anterior, operan anulando todo lo que *se era*. El travesti trata de dar coherencia a su nueva identidad, para lo cual resulta requisito eliminar toda huella de su identidad masculina. Esta ruptura se aplica también en los travestis que no han modificado quirúrgicamente su cuerpo, lo cual resulta interesante, pues ellos podrían retornar en caso necesario (necesidades laborales principalmente) a su identidad anterior. Sin embargo, una vez que se asume ser travesti, una vez que se construye esta identidad travesti, es necesario borrar la identidad anterior.

En cierto punto, podríamos estar hablando de un metarrelato del travesti, de una identidad sellada y fija, la cual una vez construida, no acepta mayores modificaciones, lo cual se contrapondría con la concepción de la identidad posmoderna, aquella maleable y en permanente transformación. Sin embargo, al hablar de minorías sexuales, no debemos olvidar que la constante discriminación a la que son sometidos genera una especie de reacción, donde la reafirmación de la identidad es el centro de la lucha política (como hemos mencionado anteriormente, las propuestas teóricas son insolubles de las prácticas de los movimientos de minorías sexuales). No obstante, la identidad travesti sí se somete a influencias y reconstrucciones consistentemente, aunque siempre sea sobre la base de su orientación sexual (los movimientos han trabajado reivindicando la identidad gay, aunque muchas veces es en

desmedro de otras minorías sexuales como los travestis, tal como es reiterado en las entrevistas). A continuación analizaremos la multiplicidad de la identidad travesti, desde el prisma de la teoría *queer*.

4.4. Cuerpos anormales, multitudes *queer*.

Como mencionamos anteriormente, la teoría *queer* surge dentro de los movimientos de minorías sexuales, no obstante se genera a partir de una crítica de cómo las nociones de gay y lesbiana se habían vuelto cerradas y excluyentes frente a otras posiciones (tal como lo hizo alguna vez la conceptualización de la mujer). Dentro de este esquema, el travesti no puede ser encasillado fácilmente en una matriz binaria (2 sexos, 2 géneros y 2 orientaciones sexuales), ya que como hemos visto, su condición presenta la complejidad de resignificar el género y el cuerpo y, principalmente, por que su cuerpo no puede ser clasificado simplemente como hombre.

Las identidades travestis, junto a otras minorías que quedaron excluidas de las demandas de los movimientos consideradas legítimas, son la base para lo que Beatriz Preciado denomina multitudes *queer* (Preciado, 2003). Estas multitudes subvierten la norma heterosexual, presentándose como seres anormales, evidenciando que las nociones de lo que es normal/anormal son construidas en pos de relaciones de dominación.

El travesti representa el estandarte de las multitudes *queer*, y pone en práctica todas las estrategias propuestas por la autora para desterritorializar el cuerpo. Primeramente, el travesti se des-identifica con las categorías de gay y lesbiana. Se distancian de los homosexuales, para dejar en claro que son algo diferente, una categoría borrosa, difícilmente encasillable:

“El cambio fue como mucho taco, mucho pelo largo, mucha ropa, mucha ropa sexy, la cosa era como yo podía verme más mujer, para que no me digan “ese mariconcito””
(Sandra).

Sin embargo, el travesti se reapropia de los mismo calificativos con los cuales es discriminado, resignificando los títulos peyorativos. Se autodenominan maricones, putas, trava y se autocalifican de raras. Todo esto responde a una práctica para quitarle la carga negativa que esos conceptos tienen en la sociedad.

“Miren, esto es un travesti; no solamente las *chiquillas* que se paran en la esquina y andan con minifalda mostrando todo el *hoyo*. Esto es un travesti, para que lo conozcan. ¿Quieren reírse? Ríanse todo los que ustedes quieran, pero esto es un travesti” (Pamela).

Por otro lado, el travesti también se reapropia de las tecnologías del cuerpo, de los avances de la medicina y a su vez resignificando las nociones de intervenciones quirúrgicas. El travesti en la mayoría de los casos se aplica silicona industrial, altamente peligrosa y tóxica para el organismo, no obstante, la naturalidad de estas aplicaciones, las cuales son realizadas por otras compañeras, subvierte la apreciación sobre las intervenciones médicas. Para el travesti no es necesario recurrir a la medicina para moldear el cuerpo que desea. La medicina, tal como lo enuncia Preciado (Preciado, 2003), ha contribuido a construir el cuerpo heterosexualizado. En este contexto, el travesti realiza la intervención por sus propios medios, sin someterse al sistema médico que ha asistido en la clasificación de lo que se considera un cuerpo normal. Las entrevistadas concurrían a la medicina tradicional si las operaciones eran de mayor complejidad, tales como limado de rostro, ensanchamiento de caderas, prótesis de nalgas, etc. Las tecnologías de la medicina se reterritorializan para crear estos cuerpos monstruosos (Preciado, 2003).

Finalmente, podemos afirmar que el travesti desontologiza el sujeto de los movimientos de minorías sexuales. Todas las entrevistadas pertenecían a agrupaciones de travestis y transgénero, creadas por ellas, como respuesta a una necesidad de representación, pues los grandes movimientos nacionales de minorías sexuales, las relegaban como última

prioridad dentro de sus demandas. El travesti no quiere ser gay, mucho menos ser mujer, sino que nos presenta una condición diferente, con demandas, necesidades y características diferentes. Actualmente, los movimientos hablan de transgénero, para agrupar dentro de esta categoría a todos los sujetos que no sean ni heterosexuales, homosexuales o lesbianas. Esta nueva clasificación incluye a los travestis, transformistas y transexuales, sin embargo cada día son más las nuevas posiciones que se autodenominan como transgénero. Esto nos permite observar como la categoría ha ido cobrando fuerza, tanto a nivel político como teórico.

Para finalizar este apartado, podemos concluir que la identidad travesti se presenta como una identidad construida a partir de un momento preciso en la vida del sujeto, coincidente con la asunción del travestismo, a través de la vestimenta principalmente. Desde ese momento, se comienza a borrar todo trazo de la identidad anterior y a construir sobre sus ruinas. Si bien puede parecer un tanto voluntarista, la identidad del travesti se encuentra igualmente anclada a los mismo elementos que su identidad masculina, pero esta vez resignificados. A su vez, la identidad travesti nos permite plantear las nuevas líneas de debate, al poner en manifiesto que la construcción de la normalidad a través de la teoría feminista, se ha realizado de manera excluyente y utilizando la misma lógica heterocentrista. Empíricamente, el travesti posiciona en el espacio público la problemática, convirtiendo su teorización en una necesidad tanto académica como práctica y política.

CAPÍTULO 5: EL CUERPO TRAVESTI

En el proceso de interacción con los otros (momento en que se pone a prueba y se reafirma la identidad propia), el cuerpo opera como el principal transmisor de significado, y no es casualidad que lo que nos llame la atención del travesti en primer lugar (aquello que escapa de la norma) sea precisamente su cuerpo. A continuación analizaremos el cuerpo del travesti como elemento central de ruptura con la matriz heterosexual.

Hemos mencionado previamente que el cuerpo se encuentra sujeto a normas y regulaciones sociales, moldeando y construyéndose en base a la interacción con estas reglas. Es decir, el cuerpo no será considerado como una algo dado ni como un recipiente sobre el cual se vierte significado (el género). Por el contrario, en este análisis veremos de qué manera el cuerpo travesti escapa a estas normas, de qué manera construye su cuerpo en base a sus propios significados. El travesti se reapropia de los componentes del cuerpo y los resitúa fuera de la matriz heteronormativa.

En primer lugar, retomaremos las críticas de las feministas posmodernas a que los sexos son sólo dos, de lo que se infiere entonces que tenemos sólo dos alternativas de cuerpo: mujer y hombre y a cada cuerpo/sexo, le corresponde un género específico. Sin embargo, el travesti ejemplifica dos rupturas sustanciales: por un lado, rompe con la correspondencia sexo/género, base de la matriz heterosexual. Por otro lado, desterritorializa el cuerpo, para resignificarlo fuera de la matriz, fragmentar las representaciones que tenemos sobre un cuerpo “normal”.

5.1. Ni sexo ni género: en búsqueda de un estilo corporal

Las interpretaciones más comunes del travesti, se focalizan en la no correspondencia sexo/género, es decir, en el hecho de que un sujeto de sexo macho, adopte un género femenino. Si nos ceñimos estrictamente a la descripción de esta perspectiva estaríamos hablando simplemente de un hombre delicado y sensible (entre otros calificativos). Sin embargo, la adopción de un género no se refleja solamente en las conductas, sino que se corporiza. Como hemos planteado en el marco teórico, actualmente es muy difícil disociar el género del cuerpo, puesto que el género es el significado cultural que se construye en base al sexo.

Ahora bien, como hemos revisado en el apartado referente a la identidad, el cuerpo travesti vive una ruptura respecto *a su cuerpo anterior*. Esto quiere decir, que el sujeto nace con un sexo biológicamente dado, sobre el cual su familia y su entorno le inculcan una serie de conductas y prácticas estéticas correspondientes a este sexo. Sin embargo, a temprana edad, el individuo muestra signos de empatizar con las conductas del género contrario. Cuando en la pubertad asume su identidad de género, realiza un quiebre en su cuerpo, un antes y un después de travestirse. En este proceso, opera una nueva socialización, en la que el travesti observa cuales son los atributos femeninos, tanto conductuales como estéticos. Retomando la noción de Butler (2002) del género performativo, el travesti comienza a leer el guión correspondiente a lo femenino.

Sólo este proceso inicial de conformación del travesti, nos muestra las limitaciones de la matriz heterosexual sobre la cual la teoría feminista había conceptualizado (hasta la tercera ola). En primer lugar, si un sujeto se identifica con un género diferente al socialmente atribuido, la matriz sugiere que debe modificar su cuerpo (especialmente el sexo) para mantener la correspondencia en orden. En segundo lugar, las reinterpretaciones sobre las

investigaciones médicas acerca de la sexualidad, indican que asumir la existencia de sólo dos sexos excluyentes y complementarios, es caer en un reduccionismo extremo, pues los factores de los que puede depender el sexo no se pueden supeditar a los genitales externos. El proceso inicial del travestismo sitúa nuestra atención en que la construcción social de dos sexos, no tiene sentido fuera de la matriz. Es decir, en las subjetividades que quedan fuera del entramado heterosexual, las normas relativas a sexo, al género y a la sexualidad, pierden su finalidad. Entonces, si podemos concebir orientaciones sexuales fuera de esta matriz, ¿por qué negarnos a la existencia de otros géneros u otros sexos? El travestismo denotó contradicciones en la teoría feminista de la Tercera Ola, por lo que urgió nuevas conceptualizaciones entorno al entramado sexo/género. Dentro de estas nuevas teorizaciones surgió el planteamiento de que los sexos son unidades artificiales, constituidas en función de una matriz de dominación.

Las distinciones sexo/cuerpo/género en el travesti nos permiten analizar el proceso mediante el que el cuerpo asume y termina portando significados (Butler, 1998). Hemos hablado de la transformación del cuerpo travesti. No obstante, para las entrevistadas, no se trata de una transformación en el estricto sentido de la palabra, no se trata de convertir algo en otra cosa que no es originalmente. El cuerpo travesti representa plenamente el proceso de encarnación de normas sociales, nos presenta como el cuerpo se va resignificando con la asunción del género. Si bien este proceso es permanente en todos los sujetos, el travesti lo realiza fuera de los márgenes socio-temporales tradicionales, por lo que al mismo tiempo denuncia la naturalización del proceso de encarnación.

“Me han preguntado si yo me considero una mujer atrapada en un cuerpo de hombre y yo creo que no porque el cuerpo se puede cambiar. El cuerpo cambia, de por sí desde que tu naces, hasta que generas tus procesos, te empiezan a salir vellos, te crecen las mamas en el caso de las mujeres, es un proceso en constante mutación. Y si tu ya tienes una edad en que no hay mutación de tu cuerpo, tus células están mutando, tu sangre se está

espesando, se está diluyendo, cachai? Entonces es una estupidez que tu me digai, me voy a quedar así. No, tu cuerpo está en cambio” (Sandra).

La

cita anterior, ejemplifica este proceso de permanente transformación. El cuerpo del travesti no se cambia por otro, por el contrario, es el mismo que va adquiriendo diferentes significados a lo largo del tiempo. La transformación no es un hecho puntual, si no que es constante. Las modificaciones físicas se ven como un *estilo corporal* más que como intervenciones al cuerpo.

El cuerpo travesti es el lugar en el que se plasma no solamente la distinción sexo/género, sino también la relación cuerpo/género. Desde esta perspectiva, el travesti nos permite hacer otra distinción teórica: sexo/cuerpo. La teoría feminista ha debatido sobre la construcción social de cuerpo, a la vez que ha definido al género como la construcción cultural basada en la diferencia sexual. Pareciera ser que el sexo constituye una unidad diferente y separada del cuerpo. Incluso en los postulados posmodernos, en que el sexo aparece significado en pos de una estructura de dominación, no hay un vínculo directo con el cuerpo. Para el mismo travesti, su cuerpo feminizado no tiene relación con su sexo, es decir, estéticamente verse como mujer, maquillarse, vestirse etc, sin embargo los genitales no forman parte de esta estética femenina.

“Yo en estos momentos yo no me pienso operar, no me pienso hacer operación de reasignación de sexo, porque soy cristiana, y soy agradecida de cómo Dios me mandó al mundo. Si dios me mandó al mundo así, así tendré que vivir y aprender” (Pamela).

El cuerpo se puede modificar recurriendo a tecnologías médicas. Podemos agregar senos, caderas, engrosar los labios, limar el rostro, pero los genitales parecen ser intocables. La relación de los genitales con la visión cristiana, nuevamente entrega al sexo un poder fundante, divino; que no se somete a mutación como el cuerpo. Algunas de las entrevistadas plantean que no es necesario un cambio tan drástico, sin embargo, no les parece radical

inyectarse silicona industrial. De hecho, la dinámica de las entrevistas cambia cuando pregunto por la reasignación de sexo como opción, generando una gran distancia con las entrevistadas, como si estuviera inmiscuyéndome en algo demasiado íntimo. La intimidad del travesti con su sexo, difiere de la flexibilidad con que interpreta su cuerpo, desarmando nuevamente la matriz heterosexual.

El travesti desafía la distinción entre apariencia y realidad (Butler, 1998), en dos aspectos contradictorios entre sí, pues por un lado, adopta el género femenino, y lo reitera hasta que se corporiza, se hace real. Sin embargo, aunque aparente ser mujer, o ser femenino, sabe que en el fondo no puede serlo, y lo más importante no quiere. Se trata simplemente de buscar su propio estilo corporal.

Yo siempre he dicho que una trans que quiere llegar a ser mujer y se cree que es mujer, es un maricón cagado de la cabeza. La mujer es algo mucho más especial, la mujer tiene el don de embarazarse, de concebir, cosa que un travesti aunque se haga la *feroz zorra*, no va a poder nunca. Por eso que yo no opto por la transexualidad (Kathy).

La cita precedente, marca una distinción absoluta respecto a la mujer, pues para el travesti ser mujer no gira en torno a las conductas, a la vestimenta, al cuerpo ni a la subjetividad, sino que está relacionado con la capacidad reproductiva. En este punto, retornamos hacia una esencialización femenina referente a la maternidad, marcando el límite entre la apariencia y realidad que denotaba el travesti.

La paradoja del travesti radica en esta escisión entre apariencia y realidad, al performar el género femenino demuestra que el discurso del género se corporiza, se hace real y concreto. Sin embargo esta realidad, la concreción del género, choca con lo que lo distingue de la mujer: la capacidad de ser madre. En este sentido, para el travesti lo fundante del ser mujer no es su sexo, ni su cuerpo o su género, sino la función reproductiva que cumple, otorgando a la maternidad una especie de esencialización propia del feminismo de la diferencia. A la vez que desarma la matriz heterosexual, vuelve sobre ella y la reafirmarla, de

la forma más esencialista posible, lo que evidencia que las nociones con las que el travesti construye la feminidad están forjadas dentro de la matriz. Es decir, el travesti subvierte la norma corporal y de género, pero lo hace con las mismas herramientas que condicionan las identidades genéricas.

5.3. La construcción de un cuerpo híbrido

En este apartado analizaremos en mayor profundidad el proceso mediante el cual se construye el cuerpo travesti, desde la observación, los primeros arreglos corporales hasta las intervenciones mayores y/o médicas. A la vez, profundizaremos sobre los estándares en base a los que se moldea este cuerpo.

En relación al moldeado del cuerpo travesti, la observación del cuerpo femenino es de gran importancia. Es en la mirada donde se definen las primeras estrategias de transformación del cuerpo. El cuerpo de la mujer actúa como un espejo, en el que el travesti proyecta su estilo corporal.

Los travestis construyen su cuerpo teniendo como horizonte para sus intervenciones un cuerpo femenino que es leído con la minuciosidad de quien lee un texto dramático que debe aprender de memoria para actuar luego. El reconocimiento de las formas femeninas, el detalle con que describen cada una de ellas, asombraría al/la más preocupado/a por su imagen corporal, cualquiera sea su sexo. (...) Esta observación me condujo a las preguntas: ¿Qué miran las travestis cuando observan el cuerpo femenino? O, más precisamente, ¿cuáles son los sitios corporales de significación de lo que es designado como femenino que privilegian a la hora de intervenir sus cuerpo (Fernández, 2004, p.162).

Siguiendo la reflexión de Fernández, los lugares del cuerpo donde el travesti ponga su atención, denotarán aquello que constituye lo femenino. En esta línea, los primeros elementos

de la transformación son aquellos fácilmente modificables, tales como el cabello largo y el maquillaje. El maquillaje cumple una función de autoreconocimiento fundamental, pues el travesti debe identificar (previa auto examinación) las facciones del rostro que desea resaltar como femeninas. El travesti debe explorar sus propios rasgos y seleccionar aquellos que por “naturaleza” son más femeninos. Es decir, debe reconocer lo femenino en su propio cuerpo. Este proceso ya marca una desterritorialización del cuerpo, pues debe encontrar lo femenino en el cuerpo masculino, dando el primer paso en la deconstrucción del cuerpo constituido socialmente como macho.

“Ellas me agarraron y me dijeron te podis dejar el pelo largo, podis hacerte esto, tu erís flaquita, tenís los ojitos claro. Entonces claro, yo ahí cuando me maquillo resalto más mis ojos, mis pómulos y es saber sacarse partido con lo que uno tiene” (Sussy).

El otro componente primordial del cuerpo femenino son los senos, los cuales aparecen en las mujeres en la adolescencia, siendo este desarrollo visto desde afuera por las travestis como lo que ellos no tienen. Los senos pasan a ser la diferencia más sustancial entre el cuerpo masculino y femenino. Sin embargo, no todas las travestis se inyectan silicona para aparentar el busto. Hay muchas que lo consideran una intervención radical y poco natural. Ellas deciden simular los pechos con prótesis en la ropa interior y otros trucos de vestuario.

“No, no, yo no me operaría nada de nada. Es que encuentro que no es necesario, aparte me gusta mi cuerpo tal como es y creo que naturalmente tengo un cuerpo que es femenino. Nací con esa suerte porque paso *piola* como mujer. Además, me siento *regia* así como estoy. Obviamente tengo compañeras que se ven súper bien, pero se han operado todo y no me interesa” (Carla).

La cita precedente muestra el cuerpo como aquello que puede ser interpretado de diferentes formas, siendo la interpretación femenina del mismo, la adoptada por el travesti. En los otros casos, que deciden intervenir quirúrgicamente para tener busto, opera una lógica de simulación mediante prótesis, una construcción del cuerpo post-humano

(Larramendy, 2005), en la que la adición de plástico produce un órgano identitariamente funcional. La prótesis convierte pectorales en pechos, social y sexualmente significados, una vez que ya están ahí, no hay duda de que son senos. Podremos hablar de plástico encarnado...

Una vez que la apariencia femenina es conseguida a grandes rasgos, la mirada del travesti sobre el cuerpo de la mujer se torna más exhaustiva, focalizándose en cada detalle de la fisionomía femenina. El grosor de los músculos, los glúteos, las caderas, pómulos y cintura se convierten en los ejes de un cuerpo exitosamente femenino, son los marcadores de la diferencia entre “un mariconcito que se pinta” y un travesti.

Mi mamá es súper fémica, es súper delicada, entonces yo creo que me basé en ella.

Muchas de las cosas de la Fernanda son parte de mi mamá. Aparte, cuando veo caminar a una mujer con tacos, digo no, así jamás caminaría yo, o ponte tu no combinaría eso con botas, o no andaría con el pelo tomado de esa forma, cachai?

Entonces tu vas mirando el cotidiano de la mujer y decís, eso no, eso no, esi sí. Y las ideas buenas las mirai y decís me gusta, pero la gran mayoría de las mujeres no sabe vestirse, por ejemplo yo no andaría con unos pantalones chispeados, ni tampoco andaría con nos lentes de color que no combinen con mi ropa, la gracia del lente es que te tape los ojos nada más, que te proteja del sol, no andando mostrando colores en los lentes.

Ahora, yo no andaría con jeans y zapato bajo, mientras más apretada la vestimenta para arriba, tenís que tener el pie más fino o sino, parecís un payaso (Kathy).

En este punto, parece obligatoria la pregunta de cuál es La Mujer que el travesti observa para moldear su cuerpo. La relación del travesti con el comercio sexual no es solamente un vínculo que marque su posición en el espacio público (como veremos más adelante), por el contrario, parece atravesar la representación que el travesti tiene de su cuerpo, con la utilidad que este debe tener. El cuerpo del travesti no solamente debe resultar atractivo para sí mismo, y además de la relación con el otro, con el que confronta su

identidad, el travesti debe incluir la percepción que el cliente tendrá de su cuerpo, como objeto de consumo.

Mira, si me llegara a sacar el Kino, me compraría mi casa, mi auto, y si me haría algo, me pondría implantes y dejaría de usar hormonas y nada más. Para mí el cambio de sexo, comparado con otras compañeras, no es tema. Es que yo disfruto lo que tengo. Aunque mi pensamiento es distinto a una persona común, es que yo todo lo que tengo, pienso, actúo, y trato como mina, pero de esas minas como con delicadeza, pero no así como de mina, que cambia a masculino, tengo otro pensamiento. Y no por eso tenís que ser una persona con otro sexo. Yo no me lo cambiaría porque soy feliz.

Aparte en el comercio sexual, estás en una esquina, con un hombre gay, una mujer y un travesti. Lo más probable es que escoja la travesti. Además, si tu dices soy trans, pero tengo vagina, nope. Eso no es lo que busca (Carla).

Respecto a la estética, los primeros años del travestismo están marcados por una noción de la femineidad sumamente sexualizada, siendo la imagen de la mujer sexy la que guía la construcción de su cuerpo. En los comienzos, se puede apreciar cierta atracción y tendencia al maquillaje y a “arreglarse” siempre, anulando toda posibilidad de ser reconocido como hombre. No basta con parecer una mujer, el travesti debe verse como una mujer espléndida en todo momento. A medida que transcurren los años, muchas veces les molesta la dependencia del maquillaje, mostrándose públicamente sin el, y con ropa sencilla, como lo haría cualquier mujer común y corriente. Al parecer, con el tiempo, llega un punto en que el género se encuentra tan corporizado que no es necesario reafirmarlo en cada momento. La apariencia hiper feminizada se reserva para el trabajo (de diferentes índoles) y para eventos públicos.

UY, yo me ponía como 3 o 4 pantalones y se me veía una cintura chiquitita! Y me ponía un globos, que los inflaba con agua, se me veían así duritas, vierai tu! Y pintás, y éramos cabritas, entonces nos hacían chupetes los weones, los clientes. Éramos cabras chicas, y me gustaba a mi pintarme, todos los días. Cuando empezaron a pasar los año, como que me cansaba la pintura, arreglarme tanto... (Sussy).

CAPÍTULO 6: IDENTIDAD DE GÉNERO

El análisis propuesto en esta investigación, toma como referencia el concepto de género desde su primera crisis representativa, es decir a partir de que las mujeres negras y lesbianas denunciaron que el sujeto que el feminismo estaba construyendo era blanco, heterosexual y burgués. Al denunciar que el feminismo no daba cuenta de las diferentes realidades de las mujeres, especialmente las diferentes orientaciones sexuales, se comienza a hablar de una matriz heterosexual, mediante la cual se han levantado los parámetros de lo normal y aceptable. Siguiendo el trabajo de Wittig (1987), el orden simbólico social no permite existencias fuera de la matriz, denunciando que el mismo lenguaje no permite la enunciación de aquello que está fuera de las normas.

El travesti se encuentra específicamente en esta encrucijada, pues se trata de un sujeto, que como hemos visto, no pertenece al entramado heterocentrista ni en cuanto a su orientación sexual, ni a su proyecto corporal. La irrupción del travesti en el espacio público, obliga a repensar los planteamientos del feminismo, a partir de que las regulaciones de género tienen fuertes efectos en lo corpóreo y de la existencia de subjetividades inexistentes e impensables dentro de la matriz.

En este capítulo, analizaremos en primera instancia la forma en que se asume el género en el caso del travesti a través de la mirada de Judith Butler, con su teoría del género performativo, para luego ahondar en cómo la adopción del género femenino por parte del travesti muestra las limitaciones del concepto de género, actuando como subvirtiendo las nociones de normalidad.

6.1. Género: el sexo como cultura

Se dice que desde que el doctor enuncia “es una niña”, que los mecanismos de sujeción comienzan a operar en el individuo (Fernández, 2006). Desde ese momento, y en un comienzo a través de las expectativas de los padres, el sujeto comienza a aprender como debe comportarse, sentir y verse. El caso del travesti no es diferente, su socialización es normal y coherente con las proyecciones de un varón. Sin embargo, algo ocurre en la subjetivación del individuo (las causas que originan el travestismo no son del alcance de este trabajo) que decide adoptar un género diferente. Utilizamos el término decidir no en un afán de denotar un voluntarismo de género, sino que dentro del proceso del travestismo, ocurre el momento en que el sujeto debe optar por hacer pública su condición, o reprimirla y tratar de llevar una vida dentro de los parámetros de la normalidad.

“Muchas veces dije no, esto no puede ser, es que los patrones de vida son papá, mamá, hijos, descendencia, casa, esposa. Y después dije, pero si no es así? Muchas veces me cuestioné, voy a buscarme una mujer, me voy a casar y voy a tener hijos. Pero qué sabía si después a los 30 años me venía esa necesidad de acostarme con un hombre? Iba a cagar a mi mujer, le iba a cagar la vida a mis hijos? No dije, prefiero que sea transparente desde un principio, prefiero dejar la cagá desde un principio, antes que más adelante cuando ya esté consolidado todo que quede la embarrá. Porque eso ya yo encuentro que es un proceso mucho más doloroso que el que estoy viviendo ahora. Y le dí tiempo al tiempo nomás” (Pamela).

Independiente de la orientación sexual del individuo, llega a un punto en que comienza a adoptar el género femenino y a desprenderse del masculino. Este proceso puede ser perfectamente interpretado desde la visión de Butler de la performatividad del género. Para la autora, el género opera de la misma forma que un libreto, que contiene las normas y expectativas sociales, el cual es leído y actuado reiteradamente con el fin de asumirlas,

encarnarlas y naturalizarlas (Butler, 2002). El travesti imita un género diferente al correspondiente culturalmente, lo cual pone en evidencia la naturalización de los géneros. Lo que el travesti realiza, no es ninguna práctica genérica diferente de la que realizamos todas las personas dentro de un proceso de socialización. La diferencia radica en la ruptura temporal, que se descuadra de lo “normal”, provocando la deconstrucción del proceso de asunción del género por un lado, y más importante presentando el carácter ficticio de las categorías masculino y femenino.

Pero no se trata de que cada quien asume el género que le plazca, modificándolo a voluntad. En la cita precedente, podemos vislumbrar algunas de las estructuras punitivas que ejercen control en función de resguardar la matriz heterocentrada. La discriminación es sólo una de las facetas, pues el travesti representa aquellos cuerpos, géneros e identidades ininteligibles. El género no es algo performado por una persona, más bien se debe tener algún género para ser considerado una persona. Al imitar un género diferente del correspondiente, el travesti permanece dentro de una posición de inexistencia respecto a la lógica normativa heterosexual.

Los géneros «inteligibles» son los que de alguna manera instauran y mantienen relaciones de coherencia y continuidad entre sexo, género, práctica sexual y deseo. Es decir, los fantasmas de discontinuidad e incoherencia, concebibles únicamente en relación con las reglas existentes de continuidad y coherencia, son prohibidos y creados frecuentemente por las mismas leyes que procuran crear conexiones causales o expresivas entre sexo biológico, géneros culturalmente formados y la «expresión» o «efecto» de ambos en la aparición del deseo sexual a través de la práctica sexual (Butler, 2007, p 72).

El travesti encarna aquellos sujetos sin continuidad respecto a las identidades normativas. Si bien esta noción está físicamente ligada a la construcción del cuerpo travesti, es el género el instrumento discursivo que moldea los cuerpos y las subjetividades. La

relevancia del travesti como objeto de estudio, es que permite identificar los alcances del género, pues desnaturaliza todas las construcciones que se realizan en torno al control sexual. Ya hemos hablado como el travesti denota el carácter social del cuerpo, sin embargo, respecto al género, amplía y reorganiza los márgenes del concepto.

El género, que había sido interpretado por el feminismo como la construcción cultural sobre el sexo, pierde su correspondencia dicotómica respecto al cuerpo. Al quedar en evidencia lo social del cuerpo, se pierde la base estable sobre la cual asignar el género. El travesti rompe el esquema de socialización, pues el varón educado con costumbres masculinas, muta de género así como lo hace de cuerpo. En este sentido, si el cuerpo del travesti no puede ser asimilado a ningún sexo específico (es un cuerpo híbrido al tener características de ambos sexos), porqué debemos suponer que adopta un género particular.

“Yo encuentro que los géneros los impone la sociedad. Porque nadie dice que tú eres hombre porque tienes un pene y nadie dice que tú eres mujer porque tienes vagina. Así como nadie te dice que el color rosado es para la mujer y el azul es para el hombre. ¿Quién dice eso? Son roles que te impone la misma sociedad. En cuanto a lo que tú me decías, en cuanto a lo femenino y lo masculino, creo que hoy en día es una cosa totalmente absurda” (Kathy).

La desestabilización de las categorías genéricas, es uno de los aportes centrales del travestismo, pues no solamente hay una crítica a la correspondencia sexo/género, sino más bien una apelación a la no pertinencia de las categorías de género en sí mismas.

6.2. Limitaciones del género: ampliar sus límites o quemar el concepto

Las diferentes explicaciones teóricas sobre el travestismo, han realizado diferentes aportes al debate respecto al género, si bien algunas ofrecen interpretaciones insuficientes, han contribuido fuertemente el desarrollo de la teoría de género. En primera instancia se ha

interpretado al travesti como un sujeto macho que adopta un género femenino. Sin embargo, la concepción de género femenino es limitante para analizar la complejidad del travesti, siendo reducida la femineidad a la vestimenta del sujeto. El proceso subjetivo del travesti dista de poder ser reducido a una cuestión de género desde la perspectiva dicotómica.

“Ser trans no es solamente llegar y vestirse de mujer, es tener un proceso terapéutico, tener un proceso psicológico, es tener un proceso cognitivo, un proceso de adaptación de tu cuerpo, un proceso de aceptación, cachai?, Cuando yo ya me acepté y dije esto es lo que yo quiero, esto es lo que yo siento” (Pamela).

Este proceso se enmarca dentro de lo femenino y lo masculino como las categorías genéricas establecidas. Sin embargo, los márgenes de estas dos formas difícilmente pueden contener lo complejo del proceso, siendo para el mismo travesti difícil articular su condición sin encasillarse dentro de una categoría

“Aparte que yo trabajaba en la calle así que yo sabía como defenderme. Si me insultaban y me gritaban, creían que me iban a cagar la psiquis, están cagados ellos. Y si se iban a las manos conmigo, *cascaban* el doble porque un maricón tiene dos *weas* juntas, que es un hombre y una mujer, por ende yo tengo más fuerza que ellos, peleo más que ellos” (Sandra).

Las categorías de género tienen tanto peso, están tan incorporadas, que el travesti interpreta sus conductas violentas (asociadas a lo macho), como el resurgimiento del género masculino que lleva dentro. Esta imposibilidad de ver más allá de dos géneros, nos advierte de la naturalización incuestionable del género. Sin embargo, el hecho de que la enunciación fluctúe entre los conceptos de masculino y femenino, no significa que sean suficientes para denotar la condición del travesti.

En segundo lugar, la propuesta de un tercer género, el transgénero, ha cobrado gran fuerza política, puesto que esta categoría ha sido ampliamente adoptada por los movimientos de minorías sexuales. Las mismas entrevistadas solicitaban que no se les llamara como travestis, sino más bien transgénero. Esta nueva categoría facilita la visibilización de los travestis en el espacio público, pues los desliga en parte de la gran carga negativa que conlleva el término travesti.

“Y, se fundó aquí en la Cisterna la Organización Transchile. Porque ya era un problema de siglas: Traveschile identificaba y aludía principalmente a lo que eran las travestis. Pero nosotras dejamos de ser travestis, del momento que ya dejamos de trabajar en la noche, y andamos en el día a día, pasamos a ser transgénero. Entonces la sigla trans incluye lo que son las transgénero, las transexuales, las travestis y las transformistas, da lo mismo” (Sussy).

Por otra parte, el uso del concepto transgénero ha cobijado a diversas identidades marginales, otorgando mayor representatividad al grupo trans. Esta gran multitud de subjetividades amparadas bajo el concepto de transgénero evidencia el principal obstáculo del mismo. Al representar condiciones tan diferentes, el uso del término apela a un potencial reduccionismo, construyendo un metarrelato trans, que obvia las diferentes realidades y tipos de discriminación a los que están sometidos especialmente los travestis. Como veremos en el apartado referente al travesti en el espacio público, pareciera que los movimientos no van a luchar por los derechos de los travestis, pero sí pueden defender la temática trans. La misma distinción realizada por la entrevistada entre travesti y transgénero, en la que travesti está directamente asociado al comercio sexual, denota una marginalidad incluso dentro de las identidades trans.

El concepto transgénero parece identificar a todas aquellas identidades que escapan de la matriz heterosexual. En este sentido, el uso del término para designar una amalgama de anormales puede volverse en contra, pues marca una separación definitiva entre las identidades heterosexuales y “las otras”. La utilidad del concepto radica en que es aplicable a

futuras nuevas identidades que surjan, además presentar una propuesta que escapa de la lógica dicotómica, pero si bien va más allá de lo masculino y lo femenino, se cierra sobre sí misma para designar todo lo que no encaje con las categorías tradicionales. Mientras que políticamente la articulación del término transgénero resulta estratégica, teóricamente presenta una serie de limitaciones al cerrar las categorías genéricas incluidas (masculino y femenino) imposibilitando su transformación y subversión.

La tercera línea de debate que planteamos, apunta a deconstruir el género como categoría analítica, aboliendo el reduccionismo de la dicotomía hombre/mujer. la conceptualización del género como dos opciones excluyentes entre sí no permite comprender los excesos en que incurre el travestismo, como el hiperfeminismo performado en ocasiones, así como ver los errores en la imitación, cuando su parte masculina violenta aparece en ocasiones. En esos casos, se interpreta como un género mal actuado, como si la imitación tuviera que corresponder a un original ostentado únicamente por aquellos sujetos que sean legibles dentro de la matriz heterosexual.

Si pensamos que vemos a un hombre vestido de mujer o a una mujer vestida de hombre, entonces estamos tomando el primer término de cada una de esas percepciones como la «realidad» del género: el género que se introduce mediante el símil no tiene «realidad», y es una figura ilusoria. En las percepciones en las que una realidad aparente se vincula a una irrealidad, creemos saber cuál es la realidad, y tomamos la segunda apariencia del género como un mero artificio, juego, falsedad e ilusión (Butler, 2007, p 27).

En este sentido, comprenderemos el género del travesti no como una fluctuación entre lo femenino y lo masculino, tampoco como una nueva categoría, sino más bien como la producción de un género libre, que si bien se forjó dentro de los límites discursivos de la heterosexualidad, ha demarcado los límites de las categorías tradicionales. El género, al igual que la identidad está en permanente desarrollo y transformación, la cual, lejos de ser manipulable y a la voluntad, responde a la reiteración del acto, es decir, a la repetición del

género que el travesti cree adoptar. Esta copia del original no da origen a una ficción, sino a una figura genérica real y existente, aunque sea fuera de los márgenes de lo inteligible.

La potencia que plantea el caso del travesti es que esta deconstrucción del género no aplica solamente para aquellas identidades anormales, puesto que los sujetos enmarcados dentro de la matriz heterocentrista están sometidos a los mismos mecanismos de sujeción y represión, por lo que el género libre y desenmarcado del travesti ofrece la posibilidad de reinterpretar las nociones de género de todos los sujetos.

Yo siempre he dicho porque chucha siempre me dan proyectos de peluquería, de repostería, de corte y confección, porqué no me dan un curso de mecánica? Porque son maricones y no pueden? Oye yo conocí un montón de mujeres que estudian mecánica en el industrial. Porque no les dan secretaría bilingüe, o proyectos de telecomunicaciones, proyectos de electricidad, distribución, logística, técnico jurídico, porque siempre existe ese estigma de que tu tienes una postura femenina, cuando eres homosexual o cuando eres travesti, no chao, peluquería. No puede ser (Sandra).

El travesti, además de encontrarse en una lucha continua por su existencia dentro de la lógica discursiva, trata de consolidar un género que le permita libertad de actuar fuera de los límites de lo femenino, o quizás dicho de otro modo, de desconsolidar *los* géneros.

6.3. El travesti en el espacio público

Los movimientos de minorías sexuales han buscado consolidar demandas en torno a la no discriminación, reivindicación de sus identidades y diversos derechos como las uniones civiles y leyes antidiscriminación. El travestismo, generalmente se encuentra bajo el alero de estos movimientos, siendo muy pocas agrupaciones exclusivas de travestis o transgéneros.

Sin embargo, las demandas de los travestis van más allá de la discriminación, puesto que los proyectos presentados por estas agrupaciones apuntan a que se les reconozca su identidad de género como válida, así como su condición corporal. Se han logrado una serie de avances, tales como un sistema de doble ficha en los consultorios, para ser llamados por su Rut o nombre femenino, en vez del nombre legal y la posibilidad de obtener su cédula de identidad con una foto femenina. Lo interesante de esas demandas, es que en el fondo van dirigidas a un reconocimiento como sujetos legítimos dentro de la sociedad.

Hemos analizado la forma en que el travesti se gesta fuera de la matriz heterosexual, por lo cual su identidad resulta ininteligible respecto a los parámetros de normalidad. Esta condición de ser abyecto, repercute en el espacio que el travesti puede usar públicamente. Para las mismas entrevistadas, la principal distinción entre travesti y transgénero radica en que el travesti se dedica al comercio sexual, en cambio el transgénero se puede mover (en teoría) en otras esferas sociales. De esta manera, la prostitución forma parte de la identidad del travesti, especialmente como aquello que percibe el resto.

El comercio sexual es un elemento fundante en la historia del travesti, al menos en el caso de las entrevistadas que participaron en este estudio, puesto que son aproximadamente del mismo rango etéreo, por lo que compartieron el mismo contexto social en sus inicios, en el que las oportunidades laborales para travestis eran nulas fuera del ambiente prostibular. Sin embargo, hemos dejado el análisis correspondiente al lugar que ocupa el travesti en la esfera pública (o más bien el lugar que no tiene) para el final, puesto que esta no existencia del sujeto se puede comprender solamente luego de ver como funciona la matriz heterosexual y sus mecanismos de sujeción.

Para realizar esta sección, se realizó una recopilación de datos de dos medios electrónicos chilenos, un portal noticioso que toca diferentes temáticas (www.biobiochile.cl) y otro portal destinado a la difusión de noticias exclusivas de minorías sexuales (www.movilh.cl). Sin embargo, dentro del amplio rango temporal, la cantidad de noticias e

información respecto a la temática travesti es mínima, dando cuenta en primer lugar, de la poca relevancia que presenta la contingencia del travesti para el resto de la sociedad.

En el portal Biobiochile encontramos noticias de tres naturalezas diferentes. En primer lugar encontramos noticias policiales, en la que travestis son los protagonistas de los ilícitos, ya sea robo o tráfico de drogas. En ambas noticias, se presenta a los sujetos como violentos, y con declaraciones de ser personas poco deseables por parte de sus vecinos. Este tipo de noticias contribuye a que las personas travestis sean encasillados en oficios u ocupaciones socialmente no apreciadas. En segundo lugar, podemos ver noticias sensacionalista, tales como matrimonios celebrados en Argentina, travestis famosas arrendando úteros para ser madres (en Miami). Este tipo de noticia apunta a mostrar la realidad de los travestis como un hecho extraordinario, pues si se tratara de personajes heterosexuales, las noticias nada tendrían de relevante. Se presenta lo cotidiano del travesti como algo fuera de norma.

Por último, la mayoría de las noticias acontecidas en el periodo considerado hacen referencia a un travesti brutalmente agredido en Valparaíso. En torno a este hecho, se publican diez noticias en un periodo de dos meses. Resulta significativo si se considera que en el universo de noticias en este medio considera quince artículos en dos años. La perspectiva en que se plantea esta agresión, empatiza con la condición travesti al menos en cuanto a sujetos permanentemente discriminados, no obstante, se sigue enmarcando dentro del comercio sexual. Además, el medio informativo tiene serias complicaciones para referirse al agredido, en cuanto a definir su identidad genérica.

Travesti fue brutalmente agredido por desconocidos en Viña del Mar

En riesgo vital internado en la UCI del Hospital Gustavo Fricke de Viña del Mar, se mantiene *un* travesti que fue brutalmente *agredido* por desconocidos, provocándole serias fracturas en el rostro y cráneo.

La víctima *identificada como Mario Iturra Gamboa* de 37 años, conocido como Sandy, fue encontrada en la vía pública con las graves lesiones, según comentó el mayor de Carabineros de Valparaíso, Cristian Herrera.

Zuliana Araya, *Presidenta* del Sindicato de Transgéneros Afrodita de Valparaíso, se mostró *consternada* con la noticia y pidió un mayor compromiso por parte de las autoridades.

Además, la dirigente hizo un llamado a las autoridades a presentar una querrela criminal para encontrar a los culpables. (www.biobiochile.cl, 7 de junio 2011).

En la cita anterior podemos reparar en la forma de designar al sujeto de la noticia, pues se habla de un individuo masculino, se trata de *Un travesti*, y para despejar cualquier duda, se le identifica con su nombre legal, anulando públicamente la construcción identitaria llevada a cabo por el individuo. Es como permitirle performar el género adoptado, dentro de ciertos contextos, pero para hablar de él como un ser real, el periodista debe remitirse a su nombre y género asignado socialmente. Se menciona que el travesti es conocido como Sandy, lo que podemos interpretar como el pseudónimo con el que se le permite ser femenino, como si se tratara de un personaje ficticio. Se le conoce como Sandy, pero *realmente es* Mario Iturra.

Los errores gramaticales para referirse al género del sujeto son repetitivos, por lo difícil que es desprenderse de la visión dicotómica de los sexos. Creo que este mismo trabajo no queda exento de esas faltas o dificultades al nombrar, refiriéndose muchas veces a el/ella. Resulta aún más paradójico que estos errores no se cometan cuando el periodista se refiera a la Presidenta del Sindicato Zuliana Araya, pues en todo momento se refiere a ella con el género femenino. Quizás la exposición pública de la dirigente facilite su categorización, y luego de años al mando del sindicato, haya logrado un reconocimiento público de su género, lo que no ocurre con la víctima señalada.

Este hecho noticioso se centra en la no discriminación a las minorías sexuales, por lo que es posible seguir la misma noticia desde el portal del Movich, sin embargo, presenta una

serie de diferencias sustanciales. Por un lado, respecto a los mismo hechos, el portal del Movilh se refiera un transexual en vez de un travesti. La diferencia es significativa si consideramos que el transexual en este caso femenino, es un hombre que quiere ser mujer y si tiene la posibilidad de modificar su sexo, lo hace. Esta identidad genérica, a grandes rasgos, refuerza la matriz heterocentrada al buscar y mantener la coherencia entre sexo, cuerpo, género y orientación sexual. Al parecer, el Movilh prefiere plantear los hechos en relación a la transexualidad, pues es más fácil defender y reivindicar la identidad de alguien que quiere respetar la norma, pero *nació en un cuerpo diferente*, en comparación a la defensa de un travesti.

Basados en las representaciones a las que estamos sujetos, es difícil concebir al travesti fuera del comercio sexual, siendo este el lugar que se le ha asignado públicamente. La sociedad se ha acostumbrado a verlos dentro de este contexto, sin embargo, cuando el travesti quiere apropiarse de otros lugares comunes para los que se atienen a la norma heterosexual, se genera un revuelo noticioso, tal como ocurrió recientemente con la elección de la concejal Zuliana Araya en Valparaíso. La visibilización del travesti no será posible manteniendo la lógica heterocentrista, puesto que la abyección del travesti, su invisibilización responde a su posicionamiento fuera de la matriz.

REFLEXIONES FINALES

La identidad travesti, es una identidad construida fuera de los márgenes de inteligibilidad respecto a la heteronormatividad. Es decir, frente a la existencia de una matriz que define los cuerpo, géneros y relaciones consideradas normales, el travesti se constituye como aquello abyecto. Esta identidad, es permanentemente atravesada por las significaciones otorgadas al cuerpo y al género. Ambos elementos son sitios de tensión del travesti en relación a la norma y a la vez se constituyen como los puntos de ruptura principales respecto a las identidades tradicionales.

Para concluir esta investigación realizaré una revisión de los elementos más relevantes para la teoría sociológica analizados en este trabajo, manteniendo las distinciones analíticas entre identidad, género y cuerpo. Estas 3 aristas del presente estudio, han sido expuestas dentro de una permanente construcción social, por lo que la relevancia de la identidad, el género y el cuerpo para la sociología radica en su constante formación y negociación con lo social.

En primer lugar, el cuerpo representa la ruptura de la relación sexo/género. Es el lugar donde se plasma la distinción del sexo respecto al género, siendo la primera instancia donde se evidencia una matriz de correspondencia de los cuerpos con el género. El travesti representa la subversión de la designación de género en base al sexo, desafiando las afirmaciones “la biología es destino” y “el género como destino”. De esta manera, el cuerpo del travesti se significa socialmente como anormal. En un inicio, este cuerpo no se comporta como debe (con el género correspondiente), pero luego presenta una nueva disrupción a la norma sobre como debe verse un cuerpo normal.

El travesti rompe la lógica de construcción de los cuerpos, al presentar características físicas de hembras y machos, pues no busca que su identidad de género encaje

con su cuerpo. El travesti desarrolla un estilo corporal propio, en el que tener pene y tetas confluye en una satisfacción identitaria. Sin embargo, la constitución del sujeto fuera de la lógica corporal dominante, resulta en un individuo monstruoso. El travesti desnaturaliza las tecnologías médicas para formar estos cuerpos raros, ya que indudablemente genera un diálogo con la cirugía estética en sus excesos, por ejemplo el caso de mujeres que se ponen casi un kilo de silicona y reducen su cintura a menos de 50 cm. Tanto estas mujeres como los travestis moldean cuerpos que rompen los límites de la estética, sin embargo el travesti es el único que renuncia con esta intervención a su calidad de sujeto inteligible. En la mayoría de los casos, el cuerpo travesti se reapropia de la medicina, construyendo características femeninas, sexualmente funcionales, pues dejando de lado las funciones maternas, los senos del travesti son tan válidos como los de las mujeres con prótesis de silicona y los naturales del resto de las mujeres. Además, el travesti resignifica la intervención médica, pues no recurre al saber médico institucional para operarse, sino que forma una especie de medicina callejera, alternativa e ilegal al masificar el uso de la silicona industrial. Por medio de inyecciones se crean pechos, se corrigen caderas, mentones, se esconden huesos prominentes y otros, otorgando a la medicina un carácter de prescindible y quitándole el control que ha ostentado tradicionalmente sobre el cuerpo.

Otra característica del cuerpo travesti es su carácter social, pues el cuerpo no solamente se considera el instrumento de interacción, es decir, con el que nos presentamos y relacionamos ante otros, sino que el travesti desnaturaliza el proceso de construcción del cuerpo, entendiendo construcción como significación y también como corporización. Por un lado, el travesti resignifica el cuerpo, encontrando y destacando lo femenino, en aquello que había sido catalogado como macho, a la vez que deconstruye el proceso en que ciertos componentes corporales adquieren la femineidad. Al observar el cuerpo femenino, el travesti no solamente repara en la diferencia, sino que identifica las características que constituyen lo inteligible como femenino. El proceso de resignificación del cuerpo travesti, evidencia que

incluso la forma de las cejas o lo pronunciado del empeine están cargados de género. Por otra parte, el cuerpo moldeado socialmente denota la efectividad de la encarnación del género en los sujetos, pues por medio de actos performativos, el cuerpo va adquiriendo otras formas. Esto se aprecia principalmente en el caso de los travestis que no se intervienen el cuerpo, pues lo moldean y feminizan discursivamente.

Por otra parte, el cuerpo del travesti remarca en la permanente distinción entre sexo y cuerpo, la cual no ha sido analizada explícitamente en la teoría sociológica. Las tensiones del travesti con su cuerpo tienen en parte, su origen en la significación del sexo como algo diferente al cuerpo. Incluso las posturas teóricas que reconocen el proceso social mediante el que se construye el cuerpo, parecen encontrar un obstáculo en el sexo, otorgando autonomía analítica a este último. Cuando se habla del carácter social del sexo, se alude a su significación en cuanto a función reproductiva, sin embargo, no se le permite la misma flexibilidad de modelación que al cuerpo.

En cuanto al género, si bien las tensiones se encuentran en directa relación con el cuerpo, hay tres distinciones que la investigación en travestis aporta a la teoría de género. En primer lugar, la performatividad del género en el caso del travesti, denota el carácter ficticio del mismo. Al ser aprendido, actuado e incorporado, con sus respectivos efectos corporales e identitarios, el género se desnaturaliza en cuanto a su esencialismo y obligatoriedad. En segundo lugar, la performance del travesti de lo femenino desestabiliza las categorías genéricas, pues resignifica lo que se considera masculino y femenino, así como su complementariedad y exclusión. Por lo tanto, la tercera distinción es cómo la identidad de género del travesti, que si bien es catalogada como femenina, no cabe dentro de lo femenino. En el proceso de apropiación de lo femenino, el travesti rebasa el original mediante el exceso, la hiperfeminización, por lo tanto lo que se actúa no es lo femenino, sino otra identidad de género diferente. Siguiendo esta línea de reflexión, los conceptos de género se vuelven insuficientes para designar aquello que se pretende. Analizar las identidades en base

a su posición dentro de una matriz con opciones dicotómicas de género, pierde sentido al momento de traspasar los límites de la matriz y ver cómo opera el género en los sujetos que se forman fuera de la norma. Una vez que el travesti denota la insuficiencia del género, esta perspectiva se debe aplicar al análisis de los sujetos que sí pertenecen a la matriz, pues si bien se han constituido como sujetos inteligibles, de igual forma se encuentran constreñidos dentro de unos parámetros de género limitantes y que no dan cuenta de las diferentes maneras en que se reinterpreta el género en la sociedad.

Finalmente, podemos concluir que la identidad travesti se conforma en tensión con los resultados de los procesos sociales que afectan cuerpo y género. En primer lugar, el travesti resignifica el cuerpo y el género, rompiendo la lógica de correspondencia cuerpo/género, por lo que su identidad está asociada a un sujeto corporalmente ininteligible.

Sin embargo, la gran paradoja del travesti radica en que la insubordinación a la heteronormatividad se realiza con la misma lógica discursiva de la norma que se trata de subvertir, principalmente respecto a la identificación por parte del travesti como un hombre que adopta un género femenino. Como vimos anteriormente, las categorías genéricas y sexuales no dan cuenta de la existencia de las diferentes posiciones que pueden tener los sujetos, dentro y fuera de la matriz heteronormativa. El travesti se aferra al género femenino como si fuera su salvo conducto para ser reconocido como sujeto, para volverse visible mientras cumpla el requisito de seguir al pie de la letra el libreto de lo que debe ser una mujer.

Metodológicamente, esta investigación propone un acercamiento al campo en el estudio de identidades marginales, de difícil acceso e interpretación. Al menos las entrevistadas que participaron en este estudio, realizaban constantemente entrevistas en calidad de dirigentas de algún movimiento. Sin embargo, son conscientes de que representan sujetos de interés tanto para medios de comunicación como para las ciencias sociales. La

principal dificultad en las entrevistas realizadas fue desarticular la posición desde la que las entrevistadas comenzaban su relato ya que sabiéndose sujetos anormales utilizaban una narrativa dura y provocativa. Sólo a medida que se daban cuenta que las preguntas no apuntaban a la prostitución, violencia o abusos, cambiaban de postura y permitían una entrevista más fluida. Sin embargo, el contraste de los datos producidos en las entrevistas con los medios de comunicación permitió mayor objetividad respecto al sujeto de estudio.

El travesti se relaciona con los otros desde una posición de invisibilidad, al posicionarse fuera de la lógica que lo reconoce como sujeto. Es relevante considerar la posición desde la que habla el travesti, tanto teórica como metodológicamente, pues esta marginalidad atraviesa permanentemente su discurso con otros y la forma en que se reconoce e identifica.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aguilar García, T. (2008). *El sistema sexo-género en los movimientos feministas*. [Versión Electrónica]. Amnis, 8. Recuperado en Junio el 24 de 2009 de <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2870086>
- Baptista, P., Fernández, C. y Hernández, R. (1991). *Metodología de la Investigación*. México: Mc Graw Hill.
- Barquet, M. (2002). *Reflexiones sobre teorías de género, hoy* [Versión Electrónica]. En Umbrales, 11, pp. 9-33. Recuperado en Mayo el 25 de 2009 de <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/bolivia/cides/umbrales/umbrales11.pdf>
- Baudrillard, J. (2009). *La Sociedad de Consumo*. Madrid: Siglo XXI.
- Bauman, Z. (2002). *La cultura como praxis*. Barcelona: Paidós.
- Bonder, G. (1998). Género y Subjetividad: Avatares de una relación no evidente. En Montecinos S. y Obach A. (Comp.). (1999). *Género y Epistemología*. Santiago: Lom Ediciones.
- Braidotti, R. (2000). *Sujetos nómades*. Buenos Aires: Paidós.
- Braidotti, R. (2004). *Feminismo, Diferencia sexual y Subjetividad Nómade*. Barcelona, Gedisa.
- Butler, J. (1998). *Actos performativos y constitución del género: un ensayo sobre fenomenología y teoría feminista* [Versión Electrónica]. Debate feminista, 18, pp. 296-314. Recuperado en Mayo el 24 de 2009 de <http://caosmosis.acracia.net/wp->

<content/uploads/2008/07/judith-butler-actos-performativos-y-constitucion-de-genero.pdf>

Butler, J. (2006). *Regulaciones de género* [Versión Electrónica]. Revista de Estudios de Género: La Ventana, 23, pp 7-35. Recuperado en marzo el 23 de 2009 de <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/884/88402303.pdf>

Butler, J. (2007). *El género en disputa*. Barcelona: Paidós.

Butler, J. (2008). *Cuerpos que importan : sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. (2ª Ed.). Buenos Aires: Paidós.

Cabral, M. (2007). *La paradoja transgénero*. Boletín electrónico del proyecto sexualidades, salud y derechos humanos en América latina, 18. Recuperado en Octubre el 25 de 2008 de http://www.ciudadaniasexual.org/boletin/b18/ART_Mauro.pdf

Canales, M. (Ed.). (2006). *Metodologías de investigación social: introducción a los oficios*. Santiago: Lom Ediciones.

Casado, E. (1999). *A vueltas con el sujeto del feminismo* [Versión Electrónica]. Política y Sociedad, 30, pp. 73-91. Recuperado en Septiembre el 28 de 2007 de <http://revistas.ucm.es/cps/11308001/articulos/POSO9999130073A.PDF>

Dorlin, E. (2008). *Sexo, género y sexualidades: introducción a la teoría feminista*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Femenías, M.L. (2003). *Judith Butler: introducción a su lectura*. Buenos Aires: Catálogos.

- Fernández, J. (2000). *El travestismo: ¿ruptura de identidades sexuales, reforzamiento de los procesos de generización o identidad paradójica?*. Tesis de maestría no publicada. Universidad Nacional de General San Martín, Buenos Aires.
- Fernández, J. (2004). *Cuerpos desobedientes: travestismo e identidad de género*. Buenos Aires: Edhasa.
- Fernández, J. (2007). *Las fisuras del feminismo*. Boletín electrónico del proyecto sexualidades, salud y derechos humanos en América latina, 18. Recuperado en Octubre el 25 de 2008 de http://www.ciudadaniasexual.org/boletin/b18/Art.Josefina_Fernandez.pdf
- Foucault, M. (2003). *Historia de la sexualidad: el uso de los placeres*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Gáinza, A. (2006). La entrevista en profundidad individual. En Canales, M. (Ed.). (2006). *Metodologías de investigación social: introducción a los oficios* (pp.219-264). Santiago: Lom Ediciones.
- García Selgas, F. (1994). *El "cuerpo" como base del sentido de la acción*. REIS: revista Española de Investigaciones Sociológicas, 68, pp. 41-83. Recuperado en abril el 19 de 2009 de <http://www.reis.cis.es/REIS/jsp/REIS.jsp?opcion=articulo&ktitulo=1011&autor=FERNANDO+GARC%C3%80+SELGAS>
- Giménez, G. (1992, Abril). La identidad social o el retorno del sujeto en sociología. *Revista Versión: Identidad cultural y producción simbólica*, 2, pp.183-205. Recuerado en Enero el 12 de 2013 de http://bidi.xoc.uam.mx/resumen_articulo.php?id=2109&archivo=7-139-2109erg.pdf&titulo_articulo=La%20identidad%20social%20o%20el%20retorno%20del%20sujeto%20en%20sociolog%EDa

- Giménez, G. (2004). Materiales para una teoría de las identidades sociales. En Valenzuela, J.M. (comp.) (2004). *Decadencia y auge de las identidades* (pp. 45-78). México: El Colegio de la Frontera Norte - Plaza y Janes.
- Jodelet, D. (2009). *Enfoques del cuerpo en las Ciencias Sociales y Humanas*. [Versión Electrónica] Revista Homo Sacer,1. Recuperado en Mayo el 30 de 2009 de <http://www.homosacer.cl/index.php>
- Jordán, R. (2010, Octubre). *Multitud@s: Sobre la Proliferación de las Tecnologías del Cuerpo*. Documento presentado en el II Congreso Internacional de Imagen, Cultura y Tecnología: Medios, uso y redes, Madrid, España. Recuperado en Diciembre el 14 de 2012 de http://e-archivo.uc3m.es/handle/10016/14037?mode=full&submit_simple>Show+full+item+record
- Lamas, M. (1995). Cuerpo e Identidad. En Arango, L.; León, M. y Viveros, M. (comp.) (1995). *Género e Identidad. Ensayos sobre lo Femenino y lo Masculino* (pp. 61-81). Bogotá: TM Editores.
- Lamas, M. (1999 a). *Género, diferencias de sexo y diferencia sexual* [Versión Electrónica]. Debate Feminista, 20, pp.84-106. Recuperado en Junio el 15 de 2009 de http://www.debatefeminista.com/articulos.php?id_articulo=375&id_volumen=20
- Lamas, M. (1999b). *Usos, dificultades y posibilidades de la categoría género* [Versión Electrónica]. Papeles de Población, 21, pp. 147-178. Recuperado en Junio el 5 de 2009 de <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=11202105>
- Larramendy, A. (2005). *Tráfico de teorías, tecnologías y cuerpos o la lógica del dildo*. [Versión Electrónica] Revista de Filosofía, 19, pp. 237-242. Recuperado en febrero el 7 de 2013 de <http://revistas.unc.edu.ar/index.php/NOMBRES/article/view/2345/1282>

- Lauretis, T. (1989). La tecnología del género. En Ramos, C. (comp.). (1991). *El género en perspectiva* (pp. 231-277). México: UAM-Iztapalapa
- Martín-Crespo Blanco, C. y Salamanca Castro, A. (2007). *El Muestreo en la Investigación Cualitativa*. Revista Electrónica Nure Investigación, 17. Recuperado en Junio el 10 de 2009 de http://www.nureinvestigacion.es/FICHEROS_ADMINISTRADOR/F_METODOLOGICA/FMetodologica_27.pdf
- Martínez, I. (2006). *La identidad como problema social y sociológico* [Versión Electrónica]. Arbor: Ciencia, pensamiento y cultura, 722, pp. 811-824. Recuperado en Enero el 22 de 2013 de <http://arbor.revistas.csic.es/index.php/arbor/issue/view/6/showToc>
- Martinic, S. (2006). El estudio de las representaciones y el análisis estructural de discurso. En Canales, M. (Ed.). (2006). *Metodologías de investigación social: introducción a los oficios* (pp. 299-320). Santiago: Lom Ediciones.
- Medina, P., Rodrigo, M. (2006). *Posmodernidad y Crisis de la Identidad* [Versión Electrónica]. Revista científica de información y comunicación, 3, pp. 125-146. Recuperado en febrero el 13 de 2013 de <http://icjournal.wordpress.com/numeros-antteriores/>
- Preciado, B. (2003). *Multitudes Queer* [Versión Electrónica]. Multitudes, 12. Recuperado en Mayo el 31 de 2009 de <http://multitudes.samizdat.net/Multitudes-queer,1465>
- Preciado, B. (2007). Biopolítica del género [Versión Electrónica]. *Conversaciones Feministas*, 2. pp.15-42. Recuperado en Junio el 12 de 2010 de <http://bibliografía-alternativa.blogspot.com/2010/04/conversaciones-biopoliticas-feministas.html>
- Ramado, D. (2007). *Con los tacones de mamá: Historia del Travestismo y Transformismo* [Documento publicado en Blog]. Recuperado en febrero el 20 de 2013 de

<http://falsas-costumbres.blogspot.com/2007/01/con-los-tacones-de-mam-historia-del.html>

Revilla, J.C. (2003). *Los anclajes de la identidad personal* [Versión Electrónica]. Athenea Digital, nº 4. Recuperado en Junio el 10 de 2012 de <http://antalya.uab.es/athenea/num4/revilla.pdf>.

Salinas, L. (1994). *La construcción social del cuerpo* [Versión Electrónica]. REIS: revista Española de Investigaciones Sociológicas, 68, pp. 85-96. Recuperado en abril el 19 de 2009 de http://www.reis.cis.es/REISWeb/PDF/REIS_068_06.pdf

Santander, P. (2011) *Porqué y cómo hacer análisis de discurso* [Versión Electrónica]. Cinta de Moebio, 41, pp. 207-224. Recuperado en Mayo el 28 de 2012 de <http://www2.facso.uchile.cl/publicaciones/moebio/>

Spargo, T. (2000). *Foucault y la Teoría Queer*. Barcelona: Gedisa.

Turner, B. (1994). *Los Avances en la teoría del cuerpo* [Versión Electrónica]. REIS: revista Española de Investigaciones Sociológicas, 68, pp. 11-39. Recuperado en abril el 19 de 2009 de <http://www.reis.cis.es/REIS/jsp/REIS.jsp?opcion=articulo&ktitulo=1010&autor=BR YAN+S.+TURNER>

Valles, M. (1999). *Técnicas cualitativas de investigación social*. (2ª Ed.). Madrid: Síntesis.

Van Dijk, T. (1999). *El análisis crítico del discurso* [Versión Electrónica]. *Anthropos*. 186, pp. 23-36. Recuperado en Diciembre el 21 de 2012 de <http://www.scribd.com/doc/43114685/Analisis-Del-Discurso>

Van Dijk, T. (2003). La multidisciplinariedad del análisis crítico del discurso: un alegato a favor de la diversidad. En Wodak y Meyer (Comp). (2003). Métodos de análisis crítico del discurso (p.p. 143-176). Barcelona: Editorial Gedisa.

Wittig, M. (1978). *El pensamiento Heterocentrado*. Recuperado en febrero el 2 de 2013 de <http://www.scribd.com/doc/19965280/Wittig-El-pensamiento-Heterocentrado>

Wittig, M. (1987). *A propósito del contrato social*. Recuperado en febrero el 2 de 2013 de http://antroposmoderno.com/antro-articulo.php?id_articulo=1119